

**SE FUGA UNA MUJER
DE
LUIS ENRIQUE OSORIO**

Comedia musical en cuatro cuadros, divididos en dos actos.

PERSONAJES PRINCIPALES

HELIA, falsa princesa guajira
POTRILLO, alias APAICHON, su ayudante y presunto tío.
EL PRINCIPE ALONSO DE ALICANTE
TORIBIO MACHUCA, su escudero
LA NEGRITA FILIBERTA, contrabandista

PERSONAJES EPISÓDICOS

Primer cuadro:
EPIEYU, noble guajiro
TAGUARA, su ayudante
COROS de guajiros y guajiras.

Segundo cuadro:
EL CAPI
EL GUARDA
COROS de guardas y mulatas.

Tercer cuadro:
EL CANDELO
EL CHUSMERO
EL CENTINELA
COROS de bandoleros y sus mujeres

Cuarto cuadro:
ANIMADOR
VIEJITO
VIEJITA
Variedades
CORO de público y bailarinas.

Esta obra se imprime a la vez que la está ensayando la Compañía Bogotana de Comedias para iniciar su temporada de 1965 en la capital de Colombia.

PRIMER ACTO

CUADRO PRIMERO

El telón se levanta con toque de tamboriles que dan el ritmo de la Chichimaya, el típico baile guajiro, Aparee una playa guajira erizada de cactus, con el mar al fondo.

En escena HELIA persiguiendo un hombre en círculo, y este caminando hacia atrás. EL CORO de guajiras lleva el ritmo con movimientos y palmoteos, cantando.

CORO. – Escucha el tambor guajiro. Que así palpita tu corazón. Escucha el tambor guajiro oyendo el tronar de tu pasión. Escucha el tambor guajiro huyendo al amor de la mujer; y no te enamores tanto, porque al fin has de caer. Caiga un amor, caiga un amor sobre la arena... Venga otro amor ante las playas a danzar... Puede jugar con el amor todo el que quiera hasta que muera nuestro cantar.

(Entran marineros semidesnudos, dirigidos por EPIEYU, y con ellos cambia el ritmo musical)

Persigo tus ojos, dos faros de sombra que avivan mi ardiente pasión tropical. Y llega mi barca buscando tus besos... tus besos que sueltan la emoción del vendaval... Sólo por tus ojos me encaré con la tormenta y vengo rendido de tanto soñar. Quiero que mis manos te acaricien en la playa poniendo en sus mimos espumas de mar... Poniendo en sus mimos espumas de mar...

(Los coristas salen con parejas, dejando solos un momento a HELIA con EPIEYU)

HELIA. – No te esperaba tan pronto, Epieyú.

EPIEYU. – Ya amarré el velero,

HELIA. – ¿Viene todo?

EPIEYU. – A pesar de la tormenta, que fue dura; y a pesar de que nos espiaban los guardacostas. A punto estuvimos de echarlo todo al mar en dos ocasiones... Pero por fortuna aquí estamos ya, sanos y salvos.

HELIA. – Eres todo un hombre.

EPIEYU. – ¿Ahora sí serás mía?

HELIA. – Has ganado mayor afecto.

EPIEYU. – ¿También tu mano?

HELIA. – Aun no sé.

EPIEYU. ¿Cómo? ... ¿No he cumplido todas mis promesas? ¿No desafié ya cinco

veces por amor a ti la furia del Caribe y la muerte misma, cambiando en las islas tu café por cargamentos misteriosos?

HELIA. – Lo sé... Lo reconozco... Pero...

EPIEYU. – ¿Qué me falta por hacer?

HELIA. – Quizá un último viaje.

EPIEYU. – No volveré al mar mientras tus besos no me den ánimo.

HELIA. – Si de mí dependiera... Bien sabes que en esto de casorio, es mi tío quien dirá la última palabra.

EPIEYU. – A veces pienso que es desgracia quererte a ti, y no a las doncellas de mi casta... Ellas no son inalcanzables; y tengo los ganados suficientes para adquirir a la más bella y a la más rica.

HELIA. – Mi raza es distinta, Entre nosotros, las mujeres no se conquistan con pezuñas de reses, sino con esfuerzos heroicos.

(Entra APAICHON, hombre maduro y rechoncho, vestido a la usanza de los ricos guajiros)

POTRILLO. – Así es... Con hazañas en las que se demuestre la hombría.

EPIEYU. – ¿No la he demostrado ya, Apaichón?

POTRILLO. – Lo reconozco... Pero la tarea está todavía incompleta... Helia no puede contraer matrimonio con nadie mientras todo el cargamento que tenemos en las islas no haya sido llevado al continente.

EPIEYU. – ¿Qué falta?

POTRILLO. – Un último viaje.

EPIEYU. – ¿Cuándo?

POTRILLO. – Cuando regresemos del poniente con tu goleta cargada otra vez de café, lo vendamos a buen precio y vuelvas a llenarla de regreso. ". ¡Entonces sí!

EPIEYU. – Siempre dices lo mismo... Déjame siquiera acompañarte esta vez al puerto y correr contigo allá el riesgo del desembarque.

POTRILLO. – No quiero exponerte a ese peligro, mayor que todos los otros... Además, de acuerdo con nuestras leyes, no podrás viajar con mi sobrina mientras no sea su esposo.

EPIEYU. – Déjanos entonces anticipar la boda... ¿Qué dices, Helia?

HELIA. – Nada puedo decir... El es quien decide.

POTRILLO. – No hablemos más... Es inútil... Despídete más bien de ella, porque levantaremos velas en cuanto arrecie el viento...

EPIEYU. – ¡Pero si la goleta es mía!

POTRILLO. – Bien sabes que nos la has alquilado... y que eres hombre de palabra...

(Sale APAICHON)

EPIEYU. – ¿otro adiós entonces?

HELIA. – ¿Qué remedio?

EPIEYU. – ¿Quedaré otra vez clavado en la playa, viendo ponerse el sol con el miedo de que no vuelvas más?

HELIA. – Tendré que volver... Es cuestión de vida o muerte.

EPIEYU. – Y entonces yo tendré que partir de nuevo... ¿Hasta cuándo este tormento?

HELIA. – ¿Lloras? ... ¿Por tan poca cosa?

EPIEYU. – Hay derecho a hacerlo cuando hemos desafiado serenamente las balas y la tempestad.

HELIA. – Más que enamorado y lobo de mar, eres poeta.

EPIEYU. – Si no lo fuera, ya estarían aquí cien jinetes para robarte y llevarte a mi rancho, y humillar a ese hombre que te domina, no como pariente, sino como verdugo.

HELIA. – ¡Nos ofendes a los dos!

EPIEYU. – No me mires con ira... Lo que más quiero son tus ojos dulces... Ciérralos, pero no me mires de ese modo... Que tu despedida no sea un reproche injusto... Que ella me deje aunque sea el eco de tu voz cuando cantas...

(Mientras habla él, se ha iniciado la introducción del CARIBE AZUL, muy suavemente, para aumentar poco a poco su intensidad)

HELIA. – **(Cantando EL CARIBE AZUL)**

Vuelan mis ensueños como las gaviotas por las lontananzas del Caribe azul; y en

tanto las olas besan en la playa todos mis angustias,. . Toda mi inquietud. Como las arenas que la mar fustiga, vibran los ardores de mi juventud. Y al sol le pregunto, y a la mar, y al viento, si han de estremecerse cuando vuelves tú. *(Mientras ella canta van entrando guajiras con movimientos rítmicos adaptados a la música... Al terminar la segunda estrofa, y mientras la música continúa sola, viene una racha de alarma animada con estas frases):*

VOZ. – ¡Viene una lancha hacia el puerto!

VOZ. – ¡Una lancha de motor!

VOZ. – ¡Son guardas, que a lo mejor la goleta han descubierto!

EPIEYU. – *(Dando órdenes hacia fuera)*

Vayan todos al momento a esconder el cargamento... *(A HELIA)* El resto... Te toca a ti: Entreteneros aquí...

(Sale EPIEYU a toda prisa)

HELIA. – *(Que sigue cantando, inmutable)*

Y al sol le pregunto y al inmenso azul si han de estremecerse... si han de estremecerse cuando vengas tú... *(Mientras sigue la canción llega una lancha de gasolina y bajan de ella, estupefactos, ALICANTE Y TORIBIO, un Quijote y un Sancho modernos, noble el uno y plebeyo el otro, pero ambos ansiosos de "hacer América")* Bésame en los ojos, bésame en la boca, húndete en mi vida con furor de alud... Déjame en los labios toda la amargura que hay en los espasmos del Caribe azul.

(Y repite la misma estrofa acercándose a ALICANTE, con sagaz insinuación)

ALICANTE. – *(Inclinándose ante HELIA y tratando de besarle la mano)*
¡Señora!

HELIA. – *(Rehuyendo con pavor ficticio)* ¿Señor?...

ALICANTE. – No esquivéis, señora; que es el alma de España la que mis labios han querido poner, como diamante puro, en la seda de esas manos...

TORIBIO. – ¡Y olé tu mare!... ¡Salerosa!... ¡Olé por esos ojos... Y esa voz de gitana... Y esa cinturita que no se ve, pero se presume... Y esas curvas que...

ALICANTE. – ¡Cállate!

TORIBIO. – Para lo que han de entender...!

,
ALICANTE. – ¿Pero no has oído, estolido?... ¿No has oído que cantan en

lengua de Castilla?

HELIA. – Así es... ¿En qué podemos servirles?

ALICANTE. – ¿Lo oyes? ... Pellízcame, Toribio.

TORIBIO. – No me atrevería, Alteza,

ALICANTE. – Pero sí te atreviste a matar parientes míos en la guerra civil... Y a quemar templos, y a otras muchas violencias....

TORIBIO. – La violencia la abandone hace mucho, no tanto por miedo a romper falanges como por no ser víctima de la misma falange... Pero si Su Alteza se empeña... (**Lo pellizca en una nalga**)

ALICANTE. – (**Sin inmutarse**) ¡Quiero convencerme de que no somos desencarnados! ¡Convencerme de que estamos vivos! ¡De que el castellano no es idioma de ultratumba; ni este el paraíso... ¡Ni ellas la avanzada de la once mil vírgenes!

TORIBIO. – Sin necesidad de más violencia, que siempre es recurso de intenso, le aseguro a Su Alteza que aun estamos en tierra de Adán el pecador... En cuanto a eso de las once mil vírgenes, para cerciorarme tendría más bien que pellizcarlas a ellas... Con la venia de Su Alteza... (**Lo intenta**)

TODAS. – (**Desbandándose rítmicamente**) ¡Ay!... ¡Ay!...

ALICANTE. – En realidad es alucinante... Como cuento de hadas: Que hundido el yate, en vez de la boca de un tiburón nos espere esta playa llena de sol, donde la más bella de las mujeres canta en mi lengua, entre sirenas aladas.

HELIA. – (A **las mujeres**) Sonríanles... Pueden ser en verdad guardas de aduana y estar haciéndonos una comedia... No hay que dejarlos ir...

TORIBIO. – (A **ALICANTE**) Lo de la beldad, es posible que Su Alteza lo vea con lente de aumento, después del susto que hemos pasado, y lo mucho que estas aventuras le hacen funcionar la tiroides.

HELIA. – (**De sesgo**) ¡Qué malcriado!

TORIBIO. – Lo de la lengua, no es de extrañar. La trajeron mis abuelos hace cuatro siglos. Y digo los míos, porque los de Su Alteza quedaron allá esperando los quintos reales, amén de diezmos y primicias... ¿No es esto indicio de que hemos descubierto otra vez a América?

ALICANTEE. – ¿Es esto América, señora? ¿Y es así toda América, tan llena de arenales y de emoción?

HELIA. – Esto no es más que una playa guajira.

TORIBIO. – Guajira... Guajira... No está en mi guía turística.

(**Consulta algo sucio y cómico que trae en el bolsillo**)

ALICANTE. – ¿Acaso una isla encantada?

HELIA. – Una simple península árida que envuelve el mar por todas partes menos por una, por la cual se une a...

TORIBIO. – ¿A la China?... ¡Pero qué chinazas! (**Trata de perseguir de nuevo al coro femenino**)

ALICANTE. – (**Conteniéndolo**) ¡Imbécil! ¿Hablas ya de tiroides y aun no sabes geografía?

TORIBIO. – Esa es la cultura moderna, Alteza... Hay que elevarse a la luna sobre viejos errores y prejuicios.

HELIA. – Nuestra península se une a Colombia...

ALICANTE. – ¡Ah! ¿Estamos entonces en Colombia, la tierra del café y la devoción?

HELIA. – En la parte indígena... La que no alcanzaron a civilizar los españoles.

ALICANTE. – Y en la civilizada, ¿cantan como aquí?

HELIA. – Sí... Porro, cumbias, bambucos, bundes, galerones y guabinas. Aunque no es esa su especialidad...

ALICANTE. – ¿Qué prefieren entonces, que pueda ser superior a la música?

HELIA. – Todo lo que sea discordante; matarse, odiarse, robarse, engañarse y calumniarse unos a otros.

TORIBIO. – ¿Después de cuatro siglos de haber aceptado el cristianismo?... ¡Lo mismo que en Europa! ¡Y yo que aspiraba a cambiar de ambiente!

ALICANTE. – Cállate y no intervengas más...

TORIBIO. – Perdón, Príncipe,

HELIA. – ¿Un príncipe? ...!

RUMOR DEL CORO. – ¡Un príncipe!... ¡Un príncipe!...

TORIBIO. – (*En son de heraldo*) Su Alteza Real, el príncipe de Alicante!

HELIA. – ¡Qué honor!

TORIBIO. – Acompañado de su escudero, Toribio Machuca, sargento a priori en la fracasada república española, y ahora oveja que ha vuelto al redil y sigue como un perro su amo.

ALICANTE. – ¡Que te calles, he dicho! ¡No barbarices más!

TORIBIO. – ¡Perdón, Alteza!

ALICANTE. – Pero, ¿ante quien tengo la honra y la felicidad de inclinarme?

HELIA. – Ante una pobre princesa.

TORIBIO. – ¿También hay princesas en América?

HELIA. – Eso es lo de menos... Si conociera la cosecha de reinas... Se dan mejor que el maíz y las papas...

TORIBIO. – ¡Coñ... firo!

ALICANTE. – ¡Mide tu lenguaje, que esta no es taberna madrileña!

TORIBIO. – Perdón, Alteza. Menos mal que solté un simple vocablo, y no una blasfemia.

ALICANTE. – ¿Me permites ahora sí besar tu mano, princesa, de igual a igual?

HELIA. – Por el momento... El pie... Esa es aquí la costumbre... Al menos para comenzar.

TORIBIO. – ¡Claro! La prudencia y el orden son los que impulsan el progreso, (*señala de abajo hacia arriba*)

ALICANTE. – Besaría el polvo que pisan tus sandalias... Y con él calmaría esta sed abrasadora... Sed de agua y afecto.

HELIA. – Correspondré a tanta gentileza ofreciéndote ante todo un cantaro lleno... Aquí el agua hay que traerla de muy lejos... Robársela a las casimbas en invierno y perseguirla en verano como un espejismo...

ALICANTE. – Llévame entonces a tu palacio.

HELIA. – En él estás... Playa... Mar... Horizonte... Y un techo pajizo,

ALICANTE. – Ese techo será para mí el mejor de los alcázares... Vamos...

¡ TORIBIO. – ¡Cónfiro!... ¡No se cura!

HELIA. – Dime antes, si en verdad eres príncipe, por qué has venido a dar a estos arenales:

ALICANTE. – Cruzaba el Atlántico en el mejor de mis yates y naufragamos en mitad del Caribe.

HELIA. – ¿Y a dónde ibas, príncipe?

ALICANTE. – Huía de la realidad, de mis feudos, de mi estirpe, de los políticos que despezaron primero la monarquía y luego la república, de las mujeres que solo amaban mi prestigio y mi dinero.

TORIBIO. – Dinero y prestigio que no heredó de sus ancestros, sino que ganó al enviudar, tras un matrimonio de mera conveniencia con la hija del rey del chicle.

ALICANTE. – ¡No te entrometas más!

TORIBIO. – ¡Su Alteza mande!

ALICANTE. – Quería aburguesarme...

TORIBIO. – Más de lo que ya estaba...

ALICANTE. – ¿Me dejarás hablar, estúpido?... Pretendía casarme de nuevo, esta vez en Hollywood, para no quedármele atrás a la nobleza indostánica; e imponérmele así al mundo, no ya con la heráldica, sino con el cine y la televisión.

TORIBIO. – Ahora si me toca el turno, con perdón de Su Alteza; porque, como buen español, si no hablo largo reviento... En mi calidad de ayuda de cámara, y como persona precavida, alisté desde antes de embarcarnos una lancha de salvamento con vestidos tropicales, buenas provisiones, chequeras impermeables e incombustibles y gasolina para dejar atrás al mismo Magallanes si resucitara, y aun para brindarle una copa de vino añejo... Al naufragar trasbordamos y puse proa al sur... Tengo espíritu de contradicción, especialmente con la brújula... y después de muchos sobresaltos y desesperanzas, vimos danzar mujeres sobre esta playa gracias al anteojo de larga vista y gritamos, superando a los marinos de Colón: ¡Qué nos trague la tierra! (**Trata en vano de abrazar a una de las del coro**)

ALICANTE. – (**Conteniéndolo**) ¡Basta!

HELIA. – Haremos lo posible por aliviarlos de tanto contratiempo y ponerlos en buen camino... A dos días por tierra encontrarán a Maracaibo, la del sol amada, con sus mil torres de petróleo; y a otro tanto por mar a la heroica Cartagena con sus muros legendarios... Tienen para escoger entre lo práctico y lo

romántico.

ALICANTE. – Prefiero, princesa, levantar aquí la torre de mis sueños; y desde ella derribar los muros de tu indiferencia.

TORIBIO. – (*Aparte*) Siempre el mismo, aunque haya cambiado de hemisferio: impulsivo, locuaz y metafórico.

HELIA. – De indiferente nada tengo.

ALICANTE. – ¿Que haré entonces para que seas mía?... Listo estoy a darte mi nombre, princesa.

HELIA. – No es cuestión de estirpes... Sino de precio.

ALICANTE ¿Como.?

TORIBIO. – ¡Lo mismo.... ¡En todas partes es lo mismo! Materialismo histórico, digo yo... Y más histórico y materialista de lo que se cree.

(*Entra una guajira con un cántaro*)

GUAJIRA. – Aquí está el agua fresca.

ALICANTE. – No la beberé mientras no me digas qué debo hacer para merecerte. ¿Cuánto debo dar?... ¿A dónde he de ir?... ¿Qué riesgo he de correr? ... ¿Con quién me he de batir?... ¿Qué tirano criollo he de derribar?

HELIA, Exageras, príncipe... No son tales hazañas la que se exigen a un pretendiente.

ALICANTE. – ¿Qué entonces?

HELIA. Habla con mi tío, que ahí viene... Te dejo con él.

(*Entra POTRILLO*)

POTRILLO. – ¿En qué podemos servirles?

HELIA. – (*Aparte a POTRILLO, al salir*) No son gente temible, Potrillo...

POTRILLO. – Tanto mejor...

(*Sale HELIA*)

ALICANTE. – ¡Majestad!

TORIBIO. – (*Arrodillándose*) ¡Majestad!

POTRILLO. – De majestad nada tengo, amigos. Soy tan sólo un cacique a quien le complace ver extranjeros en sus playas, y viene a ofrecerles hospitalidad... Apaichón es mi nombre.

ALICANTE. – La mejor hospitalidad sería presentarme cuanto antes a los padres de la princesa, para pedir su mano.

POTRILLO. – Sería inútil...

ALICANTE. – Os aseguro que por títulos no he de quedarme atrás, aunque ella descienda del rey de reyes o de los mismos emperadores de la hundida Atlántida... Yo soy...

TORIBIO. – Su Alteza Real, el príncipe Alonso de Alicante... Noble entre los nobles (**Hacia el coro**) aunque en el árbol genealógico figuren damas que metieron gato por liebre.

POTRILLO. – Aquí no interesan títulos extraños; ni creemos que, a pesar de nuestra humildad, haya un linaje igual al nuestro.

ALICANTE. – ¡Aplauso ese orgullo!

POTRILLO. – Se apoya en el simple hecho de que entre nosotros es ley que estos asuntos matrimoniales no los decidan los padres, sino los tíos maternos, únicos familiares cuyo parentesco es indiscutible.

TORIBIO. – ¡Qué sabiduría! Si en España hubiesen hecho lo mismo, la nobleza, aunque venida a menos, estaría más segura de sí misma.

ALICANTE. – Entonces, como tío que eres, y tío de la princesa...

POTRILLO. – No veo inconveniente para el enlace si llenas todos los requisitos que impone aquí la costumbre.

ALICANTE. – Listo estoy a dejarte satisfecho.

POTRILLO. – ¿Ya sabes cuánto vale?

TORIBIO. – ¿Aquí también se venden las princesas?... Por lo visto en todas partes se cuecen habas.

ALICANTE. – Di el precio.

POTRILLO. – La princesa Helia se casará con el que dé por ella cincuenta mil reses.

TORIBIO. – ¡Cien mil cuernos.... ¡Ni Mesalina la Grande!

ALICANTE. – Mi chequera, Toribio.

TORIBIO. – ¿La impermeable o la incombustible?

ALICANTE. – La de dólares libres.

POTRILLO. – Nos ofendes, extranjero.

ALICANTE. – Te daré ahora mismo el valor de esos cien mil.

TORIBIO. – ¡Cincuenta mil, Alteza! ¡Cincuenta mil!... Se habla apenas de cabezas, no de cuernos todavía.

POTRILLO. – ¿Y quién osaría entregar por dinero a una princesa guajira?

ALICANTE. – Se trata de evitar un rodeo inútil.

POTRILLO. – Aquí vivimos del rodeo. Ese es precisamente el requisito. Quien aspire a una princesa, ha de merecerla; y el merecimiento se demuestra con el fruto del esfuerzo... Mientras más bella y noble sea, más debe luchar el pretendiente contra esas pampas secas para defender y acrecentar sus ganados.

ALICANTE. – Pero... ¿No da lo mismo comprarlos?

POTRILLO. – Para casarte con Helia, nadie ha de vendértelos; porque todos los ricos de la Guajira la pretenden y se esfuerzan para completar el tributo.

ALICANTE. – Comprará un barco, lo llenará con las mejores razas bovinas y la pondrá a tus órdenes en esta bahía.

POTRILLO. – El trato ha de ser en ganado criollo... Más vale malo conocido que bueno por conocer.

ALICANTE. ¡Jamás se planteó problema más grande a un grande de España!

POTRILLO. – Descubrir a América es fácil. Hacerla, difícil... Dominarla, imposible.

ALICANTE. Ante situación tan escabrosa, ¿no podrías darme siquiera un consejo?

TORIBIO. – (*Al oído de Alicante*) Sobornadlo, Alteza. A mi entender, esa es la ley del Nuevo Mundo.

POIKILLO. Nunca nos negamos a aconsejar a un huésped.

ALICANTE. – En tanto... acéptame esta prueba de amistad... de gratitud por tan generosa acogida.

POTRILLO. – (**Sorprendido al ver la cifra**)... La guardaré como depósito sagrado... Mientras se halla la manera de complacerte... Y en tanto, pondremos las demás propuestas en cuarentena... ¿Por qué no?

TORIBIO. – Lo dicho... Mordida, serrucho, injerto, o como se llame. Esa es aquí la llave universal.

ALICANTE. – ¡Un abrazo, cacique! ¡Un abrazo de hidalgo a hidalgo!

POTRILLO. – De posibles parientes.

ALICANTE. – Vamos ahora a bebernos una botella de vino añejo que durmió más de un siglo en las bodegas de mi casa.

POTRILLO. – Brindaremos porque la suerte te sea propicia.

ALICANTE. – Iré a traerla yo mismo...

(Sale **ALICANTE a toda prisa**)

TORIBIO. – Perdón, Excelencia... Eminencia... O como se te diga... Y con todo respeto.

POTRILLO. – Apaichón es mi nombre para todos... Tío materno, en nuestra lengua.

TORIBIO. – (**Familiar**) Dime entonces.... So tío... Y por tu madre... Y de hombre a hombre... En el caso de que el príncipe resolviera sentar aquí sus reales, y yo hubiese de acompañarlo... ¿No habría como para mí mujeres mas?... ¿O mejor dicho, menos... Costosas?

POTRILLO. – Muchas sin duda entre las nobles.

TORIBIO. – Hablo de plebeyas que son quienes me cuadran... Además en amor sabe más la prosa de la esquivel montuna que el remilgo de la vanidad.

POTRILLO. – En cuanto a plebeyas todo es ya más fácil.

TORIBIO. – ¿Cuántos cuernos imponen?

POTRILLO. – Ya no se cotizan en cuernos sino en vellones... Para obtenerlas, veces hay en que basta una oveja... Ahora hay superproducción... Varias de las que danzaban aquí hace poco están en remate y no hay postores.

TORIBIO. – Una oveja tan solo... Y sin demanda... Así la cosa cambia... Aunque para mí no deja de ser en todo caso una inversión apreciable. Tras el costo inicial vendrá el sostenimiento, y...

POTRILLO. – Por eso no hay cuidado. Aquí las mujeres, una vez compradas por el marido, trabajan para sostenerlo.

TORIBIO. – ¿Las mujeres, has dicho?... ¿Hay derecho a varias entonces?

POTRILLO. – A cuantas puedas o quieras adquirir. La ley no fija límite.

TORIBIO. – ¡Cónfiro!... Bueno, yo por mi parte no seré ambicioso. Tengo algo de moro; y si desprecio la calidad, en cantidad me ceñiré a las restricciones de Mahoma: tres, o cuatro a lo sumo en caso ya apremiante.

POTRILLO. – Para vigilarlas, la sobriedad es buena precaución. Aunque aquí, cuando fallan, hay derecho a reembolso.

TORIBIO. – ¿Cómo así?

POTRILLO. – Aquí la infidelidad se cobra como el agua, como los transportes, como cualquier uso o abuso... Como el vino, también... Y a propósito de vino, dile al príncipe que más tarde lo beberemos, porque ando de prisa. (**SALE POTRILLO**).

(**TORIBIO hace cuentas con los dedos de las manos**)...

(**Regresa ALICANTE**)

ALICANTE. – No encuentro la botella que ofrecí.

TORIBIO. – Naufragó, Alteza.

ALICANTE. – . – ¿En el mar o en tu descaro?

TORIBIO. Mitad y mitad, Alteza. El vidrio a las olas, y el contenido a mi pobre ánimo mientras Su Alteza dormía a pierna suelta.

ALICANTE. En fin: ¿qué importa un vino viejo cuando hay un amor nuevo?... Alquilare una flota y la fondearé aquí llena de reses criollas que pondré a los pies de la princesa.

TORIBIO. – No veo en ello el mayor peligro; sino en que Su Alteza, enamorado del sistema, y reemplazando faldas con túnicas, acabe por hacer más viajes que Colón cuando andaba en busca de Cipango.

ALICANTE. – Me basta esa mujer tan solo para que en mí se fundan el Cid Campeador, Don Quijote y Don Juan.

TORIBIO – Aun así, me atrevería a sugerirle a Su Alteza un poco menos de romanticismo.

ALICANTE. – . Renunciar a esa mujer me sería ya imposible

TORIBIO . – ¿Quién habla de renuncias?.. Me refiero al procedimiento. Ya que el tío ese recibió lo suyo, ahora nosotros a lo nuestro. Si le gusta la hembra a Su Alteza, a la lancha con ella, a la manera de los conquistadores.

ALICANTE. – ¿Un rapto? ...

TORIBIO. – Más español, más tradicional, más emocionante; y hasta más rápido y menos costoso que darle la vuelta al mundo con meras esperanzas, a urdir un tálamo imaginario con millares de cornamentas.

ALICANTE. – ¿Sabes que no es mala la idea?

TORIBIO. – Pues si Su Alteza quiere recompensarla y no hemos de navegar muy estrecho, yo compraría a mi vez una oveja y...

ALICANTE. – ¿Oveja para qué?

TORIBIO. – Para hacer con ella fácilmente lo que no lograría Su Alteza trayendo acá todas las ganaderías de Europa.

ALICANTE. – Pues manos a la obra... ¿Dónde está ella?

TORIBIO. – Miradla allá, Alteza, a la orilla del mar, platicando con el tío.

ALICANTE. – Ve a traer una soga, que yo me encargaré del resto.

TORIBIO. – Para comenzar, pida ayuda Su Alteza al indígena que viene allí como alelado... Menos cobrará él por apretar nudos y mordaza que el tío por hacerse el desentendido.

(Sale TORIBIO y entra EPIEYU muy pensativo)

ALICANTE. – Escucha, amigo.

EPIEYU. – ¿Quién eres?... ¿El que llegó en la lancha?

ALICANTE. – Sí. Por el momento, nada más que un náufrago.

EPIEYU. – Mi rancho, mi hamaca y mi cántaro son tuyos, extranjero.

ALICANTE. – **(Confidencial)** Quisiera algo más: tu ayuda.

EPIEYU. – ¿Contrabando?

ALICANTE. – Algo parecido.

EPIEYU. – ¿En mar o en tierra?

ALICANTE. – En este límite deslumbrante, entre la tierra y el mar.

EPIEYU. – La hospitalidad y el mutuo auxilio son nuestras virtudes.

ALICANTE. – Harías gala de ellas si me auxiliaras.

EPIEYU. – ¿Vas a introducir algo?

ALICANTE. – Sí... En esa lancha.

EPIEYU. – ¿Sedas o licores?

ALICANTE. – Se trata de... una mujer.

EPIEYU. – ¿Guajira?

ALICANTE. – Tal parece.

EPIEYU. – ¿La pagaste ya?

ALICANTE. – Pagaré su peso en oro a quien me ayude a embarcarla.

EPIEYU. – Me propones una ignominia.

ALICANTE. – ¿Aunque doble tu fortuna... cualquiera que ella sea?

EPIEYU. – Ninguna guajira que se estime abandonaría su hogar, y menos la península, sin rendir culto a la costumbre y acatar nuestras viejas leyes... Si lo que pretendes es violarlas, te hago saber que soy Epieyú, hijo de un cacique a quien nadie ha burlado; y que muchos, a causa del delito que intentas, murieron arrastrados por un caballo salvaje..

ALICANTE. – Tus leyes no me atañen. Y si te das por ofendido, responde al ultraje, (**se lleva, la mano a la cintura buscando el arma**).

EPIEYU. – ¿A cuál?... No eres tú quien se ultraja a sí mismo, planeando y proponiendo una cosa inmoral? Mientras no lo hagas, no hay para qué reñir por adelantado. Sabe, eso sí, que me opondré a tu intento. Ahora tan sólo te aconsejo que, si amas a una mujer, la adquieras como caballero, y no como pirata.

ALICANTE. – ¿Te atreves a insultar a un grande de España?

EPIEYU. – No debe ser tan grande cuando piensa adquirir aquí por la fuerza, como sus antepasados, lo que no le pertenece, y puede conseguirse honradamente.

(Entra TORIBIO con soga, y una ovejita)

TORIBIO. – Aquí está la soga.

ALICANTE. – ¿Y esa oveja para qué?

TORIBIO. – Para tomar estado antes de embarcar.

EPIEYU. – Sigue el ejemplo de tu amigo, extranjero. Compra otra oveja aunque sea y ella te dará un amor lícito.

TORIBIO. – Es lo que ya digo: si las hay tan a menos precio, ¿qué necesidad hay de ir a traer todos los hatos de Holanda, todas las dehesas de Mondoñedo y todas las vacas sagradas de la India?

ALICANTES. – ¿Qué entendéis vosotros, pobres plebeyos, del derecho, la honradez y la categoría?...

(Entra TAGUARA, joven indígena)

TAGUARAj. – ¡Epieyú!... ¡Epieyú!

EPIEYU. – ¿Qué?

TAGUARA. – ¡Se han ido!... ¡Alzan velas!

EPIEYU. – ¿Quiénes?

TAGUARA. – ¡Ella! ¡Tu prometida! ¡Con Apaichón y todos los tripulantes!

EPIEYU. – Ordené que no dejaran salir la goleta sin mi autorización.

TAGUARA. – Estábamos desarmados, y nos apuntaron con sus pistolas hasta cuando se dieron a la vela.

EPIEYU. – Ahora sí estoy seguro de que me engaña.

ALICANTE. – ¿La princesa que cantaba en esta playa?

EPIEYU. – Sí.

ALICANTE. – ¿Y por qué huye de ti y de su terruño en tal forma?

TORIBIO. – Ya sospechaba ya que ese tío es más tío de lo que aparenta.

EPIEYU. – Ellos son también extranjeros... Se visten de guajiras para contrabandear... Les he alquilado mi goleta para traer café y llevar cargamentos

cuyo contenido ignoro... Y temo que esta vez no vuelvan,

ALICANTE. – ¡Pero si era ella !¡Ella, la mujer que pretendí llevarme en mi barca! ¿Qué?... ¿Tú la amabas también?

EPIEYU. – Por desgracia... En vez de reñir, pues, estrechémonos la mano como rivales que ya no tienen qué disputarse.

ALICANTE. – ¿A dónde va ella?

EPIEYU. – Al poniente.

ALICANTE. – A bordo nosotros también, Toribio. Suelta esa oveja para que empuñes el timón, y si acaso los remos hasta reventar...

TORIBIO. – Os pido, Alteza, aunque sean cinco minutos...

ALICANTE. – ¿Para qué?

TORIBIO. – Para permutar esto... (**Muestra la oveja**)

ALICANTE. – Más falta nos hará el lomo de carnero que el de india... ¡A bordo, he dicho.... ¡Y proa hacia donde el sol se pone y mis ilusiones se elevan.... ¡Pronto!

EPIEYU. – ¡Llévame contigo, extranjero... Llévame contigo!... Soy buen piloto.

ALICANTE. – Como piloto, me basta Toribio. Como rival, no me interesas...

EPIEYU. – Por lo que más quieras. .

ALICANTE. – (**Arrancando**) Quédate aquí llorando como hembra lo que no supiste defender como varón.

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Playa de cocoteros y manglares, con perspectiva de mar, murallas y tejados cartageneros. A la derecha del público un cobertizo rústico, y al centro, en segundo término, un cepo para dos cabezas.

En escena el CAPI y su coro de GUARDAS ADUANEROS.

CAPI. – ¿No hay novedad por Bocagrande?

CORO. – (**Con aire y movimientos de porro**) No mi capi,... no mi capi. Hoy no ha habido novedad... Si la hubiera... Yo estuviera... Diciéndole la verdad.

CAPÍ. – ¿Ni por Bocachica?

CORO. – No mi capi... ¡Ay mi capi... Ahí tampoco hay novedad... El que agarre contrabando se lo dirá, y al culpable en este cepo lo meterá.... ¡Venga el sancocho, que es hora ya... Con unos rones pa comenzá!

CAPÍ. – ¡A callarse todos la boca!

CORO. – (*En descenso, hasta que las palabras se convierten en rumor de boca cerrada*):

Boca grande... Boca chica... ¡Qué boquita de mujé... A esa fiera... Yo le diera... muchoj besoj otra vé...

CAPÍ. – Ustedes no hacen sino hablar, y hablar y hablar... y en tanto el contrabando entra lo mismo por Bocagrande que por Bocachica, dejando al fisco con la boca abierta.

CORO. – ¡Ay qué boca!... ¡Ay qué boca!... ¡Ay que bocadononón! Si parece que e bocado de tiburón; y si así sigue la fieja, venga otro ron. ¡Venga el sancocho, que es hora ya ! ¡Con unoj ronej pa comenzá!

CAPÍ. – Y lo peor es que nos acusan de indolencia, y hasta de con... con... connivencia.

CORO. – Con... con quien, mi capi? (*Se miran unos a otros*)

CAPÍ. – Ustedes lo saben mejor que yo... En fin: lo pasao pasao; pero el que cometa reincidencia... ¡será destituido! ... ¿Han oído?

CORO. – Sí mi capi,... ¡Ay mi capi!... Ya no vuelve a sucede. Si me quitan el sancocho, ¿qué voy a hace?... ¿Dónde encuentro bollo limpio para come... Tendrá mi negra que andar a pie. Venga más trago y otra mujé...

CAPÍ. – A vigilar, pues, y requisar hoy todos los barcos dudosos, todos los individuos sospechosos, y todas las ensenadas... ¡Todas las ensenadas!...

(*Mientras el CAPÍ repite la última palabra, entra la negrita FILIBERTA con su coro de mulatas, en traje popular*)

CAPÍ. – ¡Todas las ensenadas!...

CORO DE MARINEROS. – (*Con malicia sexual*) ¡Saaabrosas!

FILIBERTA. – ¿Con que sabrosas?... ¡Qué más quisieran!

CAPÍ. – (*Autoritario*) ¿Qué hacen por acá?

FILIBERTA. – Ya lo ve, Capí: ¡paseando!

CORO FEMENINO. – Paseando (*Inician un paseo de cumbia*)

CAPÍ. – (**Sospechoso**) ¡Cómo no!... Y tratando de darse a la vela con torcidos propósitos...

CORO FEMENINO. – (**Entrando en cumbia cantada y bailada, y como escondiendo algo a sus espaldas**):

CORO FEMENINO. – No sabes dónde está la vela...

CORO MASCULINO. – Dicen que ya se te apagó...

CORO FEMENINO. – No sabes donde está la vela...

CORO MASCULINO. – Ya sé que se te apagó... Y si me ocultas tanto hechizo te requiso tu camisón.

ELLAS. – Andando voy por la playa bajo los rayos del sol. Porque se apagó la vela... Porque se apagó la vela.....Porque se apagó la vela que tengo en el corazón.

ELLOS	ELLAS
Ay dame luz	para el corazón
Ay dame amor	para el corazón
Ven a jugar	con el corazón
Ven a mandar	en mi corazón...

CAPÍ. – (**Parando el baile autoritariamente**) ¡Basta!... ¿En qué líos andan por aquí?

FILIEERTA. – ¿Líos? ... ¿Cuáles líos? ... (*Risas*) ¡Y que líos!... ¡Estaremos pa líos!

CAPÍ. – Tengo quejas de que andan en combinaciones... dudosas.

FILIBERTA. – ¿Combinaciones? ... ¡Y que combinaciones... Oigan, muchachas: ¡y que combinaciones!... No las hemos usao nunca... ¿Fa qué?... Eso es pa los ricos.

CAPÍ. – Quiero decir que... que andan introduciendo cosas... cosas... clandestinamente.

FILIBERTA. – ¿Yo? ... ¿Nosotras?... ¡Mírenlo!... ¡Óiganlo!... ¡Y que introduciendo cosas clandestinamente !

TODOS. – (*Menos el Capi, sueltan una estruendosa carcajada*)

FILIBERTA. – Ve, cómo cada ladrón juzga por su condición.

CAPÍ. – No más insolencias.

FILIBERTA . – (Encarándosele) ¿Y qué?... ¿Me va a meté al cepo?... ¿O me va a mata?... ¿O es que se acabó el derecho de opinión y se echó a perdé el diez de mayo?

CAPÍ. – Bueno, bueno... No estoy aquí para discutir... Sigan su camino.

FILIBERTA. – Eh capi: dejé ese mal genio... ¡Tan buen mozo como é.... ¡Y ni tiburón que uno fuera pa que lo espanten de ese modo!... Se le va a arruga la cara antes de tiempo, y así no lo van a queré.

CAPÍ. – ¡Sh!... Andando, he dicho.

FILIBERTA. – (A su coro) Vamo, pué... ¡Qué afán!

CAPÍ. – ¡Pero antes... requísenlas!

(Los GUARDAS se lanzan complacidos a requisarlas)

FILIBERTA. – Poco a poco... No atropellen, que no venimo de San André... Y sabemo desvestirnos solas... ¡Qui hubo, muchachas!

(FILIBERTA Y sus mulatas se quitan el pañuelo de la cabeza y el camisón, y quedan en badán tropical, con las greñas al aire)

(Música de Porro)

FILIBERTA. – La negrita Filiberto, que es muy despierta, en su canoa se fue bogando...

MUJERES. – . Se fue bogaa... andó

FILIBERTA. – Y volvió con ciertas cosas muy sospechosas, muy buenas cosas... De contrabando.

HOMBRES. –...De contrabando.

TODOS. – De contrabando.

FILIBERTA. – ¡Ay, cómo sabe la negrita Filiberta, que tiene en mar y cielo la puerta abierta!

MUJERES. – ¡Ay, cómo sabe la negrita Filiberta, que tiene en todas partes la puerta abierta!

FILIBERTA. – (Maliciosa) La puerta abié... ertá...

TODOS. –... La puertaa abié... ertá.

FILIBERTA. – Tiene sedas y perfumes.

CORO. – De contrabando.

FILIBERTA. – Trae juegos interiores...

CORO. – De contrabando.

FILIBERTA. – Y entre tantas filigranas...

CORO. – De contrabando.

FILIBERTA. – No le falta mariguana...

CORO. – De cuando en cuandoo ...

(BIS con la misma distribución de voces)

La negrita Filiberta que es muy despierta se hace la muerta y está matando y está mata...andó. Y todito el que la quiere de amor se muere, porque lo matan de contrabando... De contrabá... ando.

¡Ay, cómo quiere la negrita Filiberta que tiene con los hombres la puerta abierta! La puertaa abié... ertá.

Tiene frases engañosas... de contrabando. Tiene novios y más novios... de contrabando. Tiene besos y caricias... de contrabando ...Y hasta tiene muchachitos... de cuando en cuando.(**Bis**)

¡Ay, cómo quiere la negrita Filiberta, ¡que tiene en todas partes la puerta abierta! ...la pueraa abié... ertá. (**Bis**)

CAPÍ. – Ora sí, no más alboroto... Vístanse y sigan su camino.

FILIBERTA. – Ora a nadá...

MUJERES. – (Saliendo con sus camisones y pañuelos en la mano)... Adiós Capi... Adiós Capi... Adiós Capi...

(Salen FILIBERTA y sus mulatas, muy regocijadas)

GUARDA. – ¿Las vigilamos?

GUARDA. – ¿Las seguimos, capi?

CAPI. – Pero tomando las cosas a pechos... Hasta meterlas en cintura...

GUARDA. – ¿Y si les encontramos algo oculto?

CAPI. – Lo decomisan... Y las multan al peso y advalorem.

CORO DE GUARDAS. – (**Saliendo**) Sí mi capi... Ay mi capi... Esa no se escapará... Si a esa negra yo la agarro no hay más que hablá... Esta noche ya tenemos pa trasnochá... Venga el sancocho que es hora ya... Con unoj ronej pa comenzá...

(**Salen los GUARDAS con paso y aire de porro**).

(**EL CAPI proyecta sobre el mar su anteojo de larga vista**)... (**Por detrás de él entran POTRILLO y HELIA**)

POTRILLO. – ¡Capi!

HELIA. – ¡Capi!

CAPÍ. – (**Sorprendido**) ¿Cómo?... ¿Cuándo regresaron?

POTRILLO. – Fondeamos en aquellos manglares a media noche... y estamos descargando.

CAPÍ. – ¡Qué calamidad!... No sospeché que llegaran tan pronto, y despaché una lancha del resguardo con orden de disparar a todo bulto sospechoso.

HELIA. – ¡Qué ocurrencia!... ¿Y eso para qué?

CAPÍ. – Hace falta un muerto siquiera para que se crea en mi eficacia; porque ya me están tachando de incapaz... Hay intrigas para que me destituyan por motivos de paridad.

POTRILLO. – Por muertos no se afane, capi, que en eso soy especialista... Matamos al primero que pase y le echamos estupefacientes en los bolsillos, que bastantes traemos.

CAPI. – Ahora lo que interesa es que no nos vayan a coger los hilos... que bajen pronto lo que traen y salga el barco, ojala a la madrugada, con el contrabando de café que tengo en aquella chocita..

POTRILLO. – ¿Qué hacemos entonces?

CAPI. – Corre allí, donde está amarrada mi lancha. Di que vuelen a buscar a la otra y la traigan antes de que tengamos un dolor de cabeza.

POTRILLO. – Ya lo creo que corro.

(Sale **POTRILLO**)

CAPI. – ¿qué hubo de mis encargos?

HELIA. – Para Ud. vienen diez toneladas de prohibida importación.

CAPI. – ¡Admirable, en lo que a mí se refiere!... ¿Y en cuánto a ti?

HELIA. – Aburrida ya de este trajín... Yendo y viniendo, sin son ni ton.

CAPI. – Creí que te gustaba la aventura.

HELIA. – ¡Qué mal me conoces!

CAPI. – ¿Por qué andas en esto entonces?

HELIA. – ¿Por que.... ¿Acaso la vida da explicaciones?... Nos arrastra como estos leños que bota la marea sobre cualquier playa... Sin consultar nuestros deseos.

CAPÍ. – Cuando te aburas de andar con Potrillo, aquí sobran oportunidades. Lo que faltan son personas como tú, que sepan abrirse camino.

HELIA. – Uno solo quisiera yo abrir: El de la tranquilidad... En una choza aunque fuera, como esas en que Ud. esconde el café.

CAPÍ. – Pues cuando quieras... Ya te lo he dicho... No propiamente una choza... Lo que escojas... Lo que exijas.

HELIA. – Aja... ¡Generoso a más de enamorado...

CAPÍ. – Con el cargamento que me traen, podemos abrir un almacén. Y si el amor te interesa, sería un negocio más que tuviéramos entre manos.

HELIA. – (**Furtiva**) Despues del próximo viaje hablamos...

CAPL. – Siempre dices lo mismo... En el próximo viaje... Y dizque estás aburrida de viajar... ¿Cenamos esta noche juntos al menos en el club de pesca?...

HELIA. – No sé si habrá tiempo...

CAPÍ. – ¿Tanta prisa llevas?...

(Regresa **POTRILLO**)

POTRILLO. – La lancha no ha salido de la bahía; y parece que pescó algo, porque viene para acá con otra a remolque.

CAPÍ. – ¡Admirable!... Ya estamos entonces a salvo... Voy a ver cómo apresuramos el cargue y descargue y mando a los guardas en comisión a otro sitio... (A **POTRILLO**) ¿Toda tu gente es de confianza?

POTRILLO. – La que no lo fuera no estaría contando el cuento. ¡Filo tiene la peinilla y tiburones el mar!...

CAPÍ. – (*Algo asustado*) Está bien...

(*Sale EL CAPI*)

POTRILLO. – Tengo una idea...

HELIA. – ¿Cuál será?

POTRILLO. – ¡Zarpar de nuevo!

HELIA. – ¿Y el cargamento que traemos para Tierradentro?

POTRILLO. – Cualquiera de los nuestros se encargará de ir a entregarlo.

HELIA. – Nos comprometimos a hacerlo nosotros mismos.

APAICHON. – ¿Y qué importa?

HELIA. – ¿Urge traer otro acaso?

POTRILLO. – Se trata de fugarnos con la goleta, con el café... Y no volver.

HELIA. – ¿Desertar?

POTRILLO. – ¿Sabes lo que vale ese barco cargado hasta el tope... Unido al cheque que me dio el naufrago de la Guajira cuando pidió tu mano?... Podremos vivir a nuestras anchas en cualquier parte del mundo.

HELIA. – ¿Vivir de lo ajeno?...

POTRILLO. – ¿Qué? ... ¿Escrúpulos ahora?

HELIA. – No tendría derecho a ellos... Pero me repugna la traición.

POTRILLO. No es traición salvar el pellejo. ¿Para qué correr más peligros?

HELIA. – He jurado vengarme.

POTRILLO. Yo también. Pero pienso ahora que es menos difícil perdonar... Y más fácil aún olvidar... Volverle la espalda a la tragedia.

HELIA . – ¿Abandonando a nuestros compañeros cuando más nos esperan y nos necesitan? Sería cobarde y cruel.

POTRILLO. – Helia: yo nada te exigiría... Solamente huir... Huir conmigo... Todo sería tuyo... Te dejaría en libertad de querer a quien se te antojara... Al mismo naufrago millonario, si diéramos con él... Hasta sospecho que te enamoraste... ¿Por qué no darte entonces ese gusto, después de tantos sufrimientos?... Yo seguiría siendo... El tío, como hasta ahora... Y listo estaría a cortarle de un tajo la cabeza a quien te causara la menor pena.

HELIA. Vete si quieras, Potrillo... Yo por mi cuenta iré a entregar el cargamento... y seguiré camino hoy mismo... Soy la única que puede hacerlo sin tanto riesgo; y sé que allá nos aguardan con ansiedad.

POTRILLO. – Solo no me interesaría esa nueva aventura.

HELIA. ¿Por qué ha de ser conmigo?...

POTRILLO. – Contigo he corrido todos los azares... Contigo seguiré corriéndolos...

HELIA. – ¿Por simple capricho?

POTRILLO. – No sé si se llame capricho el propósito de darlo todo y no pedir ni esperar nada...

HELIA. – (*Burlona*) ¿No pretenderás ahora que es amor?

POTRILLO. – ¡Nunca te he hablado de amor!

HELIA. – Sería perder tu tiempo.

POTRILLO. – ¿Qué resuelves entonces?

HELIA. – Que nos pongamos en marcha hoy mismo...

POTRILLO. – Vamos, pues, a organizar el viaje... Al fin y al cabo eres quien manda y representa al jefe... Ojalá no te arrepientes... .

(Salen HELIA y APAICHON... Pocos segundos después entran dos GUARDAS con ALICANTE Y TORIBIO amarrados)

ALICANTE. – Es salvaje que se nos trate así. ¿Pero es que aquí fallan, o jamás han existido, la hospitalidad y el sentido común?

TORIBIO. – ¡Cuando se había visto que se cometiera tamañío desaguisado con un grande de España!

GUARDA. – Pues por grande que él sea y por chiquito que usted parezca, ya pueden callarse; o les va peor.

(*Entra el CAPÍ*)

CAPÍ. – ¡Ah!... ¿Cayeron estos? , " . ¡Admirable!... No hemos perdido el día.

GUARDA. – Casi que los pescamos in fraganti.

CAPÍ. – (*Altanero*) ¿De dónde vienen?

ALICANTE. – Informa tú, Toribio... Yo no hablo con gentes de esa calaña.

TORIBIO. – ¿Pues sabe usted?... El trecho no ha sido cualquier cosa. Venimos del otro lado del Océano Atlántico, para servirle.

CAPÍ. – ¿En esa cascarita?

TORIBIO. – ¿Y en qué quería usted?... ¿En el tapete de Aladino?... ¿No ve que somos náufragos?

CAPÍ. – Conozco el recurso. A mostrar entonces sus papeles.

TORIBIO. – ¿Quién ha dicho que un náufrago ha de traer documentos, como si se tratara de una hipoteca?

GUARDA. – A juzgar por su desfachatez, son presidiarios fugados de Gorgona.

ALICANTE. – ¡No tolero insultos de plebeyos!

TORIBIO. – ¡Respeten a Su Alteza!

CAPÍ. – ¿También quieren tomarnos el pelo?... (*A los GUARDAS*) ¿Les decomisaron algo?

GUARDA. – Parece que echaron al mar todo lo que podía comprometerlos. Sólo encontramos botellas vacías, unas presas de cordero tostado al sol y la soga con que los atamos.

CAPÍ. – A dar sus nombres sin más subterfugios.

TORIBIO. – Dejando el mío para lo último, ya que es de poca monta, no vacilo en informarlos que tenéis el honor de estar en presencia de Su Alteza el príncipe Alonso de Alicante.

CAPÍ. – ¿Príncipe?... Se le nota... Lo casaremos entonces con la reina de las oleaginosas... para sacarle el jugo.

GUARDA. – (*Burlón*) Habrá que llamar al gobernador y al alcalde, para que vengan vestidos con sacoleva apestando a naftalina, como cuando nos visitó un tal Borbón.

CAPÍ. – Métanlos al cepo, para ver si dicen o no la verdad... Y en tanto que les decomisen la lancha, ya que no trae licencia ni patente.

GUARDA. – (*Obedeciendo*) No se resistan, porque es peor...

TORIBIO. – ¿Licencia de quién?... ¿De los peces voladores?

ALICANTE. – (*En el cepo ya*) ¿Pero esto es América?... ¿Es esto lo que dicen que civilizó España?

TORIBIO. – Pues hasta donde se me alcanza, mejor están quienes no recibieron ese beneficio... ¡Con perdón de Su Alteza!

CAPÍ. – Si es un pez gordo, tanto mejor que haya caído en la red... Téngalos ahí hasta nueva orden.

(*Sale el CAPÍ*)

TORIBIO. – Sobornadlos, Alteza. . Sobornadlos... ¿No habéis aprendido?

ALICANTE. – Ni eso merecen los canallas.

GUARDA. – Quédense ahí hasta que se pudran...

(*Sale el GUARDA*)

ALICANTE. – ¡Felones!

TORIBIO. – ¡Bastardos! ¡Mal nacidos! ¡Hijos de...!

ALICANTE. – ¡No te excedas, Toribio!

TORIBIO. – ¿Pretenderá Su Alteza que le recite a San Juan de la Cruz?

ALICANTE. – Tanto allá no. Pero en la situación en que estamos, cualquier represalia, y hasta un simple resbalón, puede dejarnos como piratas caídos en la horca.

(*Regresa el GUARDA con un garrote*)

GUARDA. – (*Amenazándolos*) ¿Qué era lo que gritaban?... ¿A ver?... ¿No lo

repiten?

ALICANTE. – Cállate, Toribio. Sancionalos con el silencio... En estos trances difíciles, mejor que en cualquier otra ocasión, eres dueño de la palabra que nos has dicho y esclavo de la que has dicho.

TORIBIO. – Mordiéndome estoy la lengua, Alteza, hasta sangrar.

(Entra HELIA en momentos en que el GUARDA prepara un garrotazo)

HELIA. – ¿Qué?... ¿Ustedes en el cepo?... ¿No mienten mis ojos?

ALICANTE. – Nada tendría de raro; porque eres la mentira hecha carne,

GUARDA. – **(Amenazando de nuevo)** Como se atrevan a insultar a la reina...

TORIBIO. – Sólo faltaba eso: que subiera al trono mientras nosotros nos vemos, por culpa de ella, en estos apuros.

HELIA. – En estos manglares me llaman la reina del contrabando.

ALICANTE. – ¿Hasta allá va la nostalgia de nobleza que hay en estas tierras?

TORIBIO. – Si es así... ¡Indultadnos, señora!

HELIA. – **(A GUARDA)** ¿Por qué están esos hombres ahí?

GUARDA. – Orden del Capi.

HELIA. – ¡Pero... si son naufragos!... ¡Me consta!

GUARDA. – Tendrán que demostrarlo.

TORIBIO. – ¿Quiete usted más demostración, hombre, que la de no estar ya en el vientre de una ballena?

HELIA. – Son un príncipe... Y su bufón.

TORIBIO. – Su escudero, señora... Su escudero apenas.

HELIA. – Dígale usted al Capi que los incorporo a mi corte... ¿Entiende?

GUARDA. – ¿Quién iba a sospecharlo?... ¿Y por qué no hablan entonces?

ALICANTE. – **(Altivo)** ¿No hemos hablado ya más de la cuenta?

GUARDA. – Modérese, que aquí nada se logra por las malas.

TORIBIO. – Si de hablar se trata, listo estoy a hacerlo sin necesidad de disgustos, ¡Vamos, cónfiro!... ¡Como si fuera difícil hacer hablar a un español!

HELIA. – Suéltelos, por favor.

GUARDA. – Ahí se los dejo entonces... Suéltelos usted, para que después no digan que falté a la orden que me dieron... ni tampoco que la cumplí al pie de la letra perjudicándolos... ¡Me tiene más aburrido este puesto!

(Sale el GUARDA tirando el garrote)

HELIA. – Voy a soltarlos, pero con una condición: que no me sigan más.

ALICANTE. – Déjame aquí entonces, a merced de esos bárbaros. ¿Qué otro objeto tendrían mi vida y mi libertad sino el de ir en pos de ti al infierno mismo?

HELIA. – Si les abandono en estas circunstancias, podrán cobrarles a ustedes dos lo que nos disimulan a todos los demás... Aquí todo el mundo vive del pecado que a ustedes les atribuyen; y no hay industria prohibida que no necesite su víctima propiciatoria.

ALICANTE. – Pues si has de despreciarme, que vengan el rigor y la injusticia. Sabré afrontarlos con la entereza de mi linaje.

TORIBIO. – Acepte Su Alteza la condición; y luego... No será el primer grande de España que falte a su palabra... Y menos en América.

ALICANTE. – Cuando se ama de verdad, todo ha de ir por el camino recto.

HELIA. – El mío es demasiado escabroso.

TORIBIO. – Ya lo oye Su Alteza. Ir por el camino recto no es hacer América sino hacer el tío.

ALICANTE. – Cállate, imbécil.

TORIBIO. – El imbécll fue Cristóbal Colón, que nos metió en esta jarana.

HELIA. – (Maliciosa, tratando de abrir el cebo) ¿ Me da su palabra de caballero de que me dejará tranquila?

ALICANTE. – Si me sueltas, Helia, es porque me quieres; y por tu amor y con las manos ya libres desafiaré al mundo.

HELIA. – Pero si no lo quiero...

ALICANTE. – Déjame entonces en este proyecto de horca, de guillotina o de lo que fuere... Sin tu amor, ¿qué más da la libertad que el suplicio?

TORIBIO. – Suélteme a mí entonces, reinecita... Yo lo suelto a él... y así no hay discusión.

HELIA. – Como Ud. ve, no hay manera de soltar a uno solo.

TORIBIO. – Suéltenos a los dos entonces; y le juro a usted por todos los santos, y hasta por mis antepasados, que a lo mejor fueron reyes del toreo y la manzanilla, que he de hacerle entrar en razón.. ¿Para qué seguir a una mujer que no le quiere?

HELIA. – ¿Cómo voy a quererlo, si sólo lo he visto una vez?

TORIBIO. – Dos con esta, señora. Y al paso que vamos, la tercera será en el patíbulo.

ALICANTE. – Tus ojos parecen decir lo contrario...

HELIA. – Mis ojos solo pueden decirle que se ha metido usted en un juego muy peligroso... Hasta el punto de que ahora pienso que mejor defiendo su vida dejándolo por ahora en el cepo que poniéndolo en libertad incondicional...

ALICANTE. – Vete entonces... ¡Ya!... ¡Vete al fin del mundo! Déjame fundir mi amor en mi libre albedrío. Que como salve el pellejo, he de dar contigo cueste lo que cueste,

TORIBIO. – Ni que fuera el Dorado de Dabaibe, Alteza. Que en tal caso cada quien arriesgaría la vida con la esperanza de recibir su parte y esconder la que iba a quitarle a Su Majestad... Pero yo, ¿qué vela tengo en este entierro... . Suélteme usted a mí, princesa, reina, diosa...

HELIA. – A los dos o a ninguno... Y ya que él insiste en su capricho, sólo me resta el desearles buena suerte...

(Entra POTRILLO con una peinilla desenfundada . ALICANTE Y TORIBIO miran para otro lado)

POTRILLO. – Vamos, pues, Helia.

HELIA. – ¿Todo está listo?

POTRILLO. – S í.

TORIBIO. – Escondamos la cara Alteza; que si nos reconoce ese hombre, nos iría peor aquí que en la torre de Londres.

POTRILLO(.- **(Examinando el filo del machete)** ¿Cayeron estos?... Están como para probar el filo.

HELIA. – (Alarmada) ¡No!... ¡Cuidado!... ¿Cuándo se te acabará esa mala costumbre?

POTRILLO. – Hay que ahorrarles trabajo a las autoridades, ya que en el país no hay pena de muerte.

ALICANTE. – ¡A mí, Apaichón!

POTRILLO. – ¡Ali!... ¡Pero si es el príncipe!... Y su lacayo.

TORIBIO. – ¡Su escudero! De lacayo nada tengo.

POTRILLO. – Llevémoslos con nosotros... Como prófugos de la justicia, nos serían útiles.

HELIA. – No... Déjalos ahí... Creo que están contentos con su suerte.

TORIBIO. – Alteza: otra propina puede ser salvadora en estos momentos.

ALICANTE. – Es cierto... Escucha, Apaichón...

HELIA. – Démonos prisa... Vamos...

ALICANTE. – Óyeme...

POTRILLO. – (Dejándose llevar por HELIA) En otra ocasión, príncipe...

(Salen HELIA y APAICHÓN)

ALICANTE. – (Exasperado) ¡Se va!

TORIBIO. – Que tal si no es así... Par lo visto ese tío confunde a los cristianos con los racimos de plátano... Alcancé a ver la cabeza de su Alteza por el suelo y la mía por el aire mentándoles la madre otra vez.

ALICANTE. (Desesperado) ¡A mí!.... ¡Tendrán que soltarme.... ¡No tolero mas este atropello!

TORIBIO. – Se maltrata Su Alteza inútilmente... Ofrezcámosele mas bien a un guarda la que no alcanzó a llevarse el muy rufián.

ALICANTE. – En peor situación estuvieron mis abuelos en garras de moros y supieron luego aplastarlos... Saldré de aquí aunque sea en astillas.

TORIBIO. – ¡Que le está sangrando la nuca!... ¡Va a degollarse!

ALICANTE. – No importa... ¡A mí!... ¡A mí!

(Entra FILIBERTA con sus mulatas)

FILIBERTA. – ¿Quien grita aquí? ... ¡Ve!. Dos colegas en el cepo... ¡Y que dejarse pescar así!... ¡Fué falta de práctica!

ALICANTE. – ¡A mí! ... ¡A mí!

FILIBERTA. – Deja de grita, Hombe, que de pronto vienen loj guarda haciéndose lo que cumplen con su debé, y es pa pior... ¿Onde te pescaron?

TORIBIO. – En la red del ciego impulso.

FILIBERTA. – ¿Y esa onde queda, hombe?

T0RIBIO. – Donde haya hombre como él.

FILIBERTA. – ¿Qué traías? ... ¿Mariguana?

ALICANTE ¿Eh?... ¿Eh?

FILIBERTA. – Si no te la dejaste quitá, pademoj hacé un buen trato.

TORIBIO. – Algo mas peligrosa que la mariguana traíamos nosotros. Un capricho español.

FILIBERiA*. – ¿Y eso que é?... ¿Eso e nuevo?...

TORIBIO. – Secular

FILIBERTA>. – ¿De alegrá a de adormecé?

ALICANTE. – Suéltame y hablaremos... Antes de que sea tarde.

FILIBERTA. – A soltarlos, muchachas... Que si el capricho es bueno, hoy hacemoj el día.

ALICANTE. – Y tú, ¿quién eres, noble salvadora?

FILIBERTA. – Filiberta por buen nombre... Su colega y a la orden de ujté,

ALICANTE. – ¡Aja!... ¿También tu presumes de nobleza? ... ¿De qué eres reina?

FILIBERTA. – Lo fui de la luna llena en loj último carnavales ... Y me tienen de candidata pa reina de loj cangrejo... Pero ahora presumo de lo mismo que tú,.. Por eso vine a darte ayuda... Todos nos defendemoj aquí contra el enemigo común... si é verdá que hay tal enemigo.

ALICANTE. – Y esa mujer que acaba de irse... ¿Quién es?... ¿La conoces?

FILIBERTA. – ¡Que si la conojo!... ¡Pez gordo!

ALICANTE. – ¿Quién es?

FILIBERTA. – Colega también... Aunque no loj tratamo.

ALICANTE. – ¿Por qué?

FILIBERTA. – Es de mejor posición social. Ella contrabandeo con el capi y nosotra con loj guarda.

ALICANTE. – ¿Sabes dónde vive?

FILIBERTA. – ¡Que si sé!... ¡Eso entre nojotros é secreto a voces!

ALICANTE. – ¿Dónde? ... ¿Dónde?

FILIBERTA. – Por allá... montaña adentro... En eso que llaman repúblicas independientes.

ALICANTE. – Pues si la montaña no viene a mí, yo iré a la montaña.

FILIBERTA. – Mejor es que vayaj entonce, porque te vaj a quedá ejperándola.

ALICANTE. – Llévame a donde está esa mujer, y te daré lo que quieras.

FILIBERTA. – ¡Ve a quien se lo propone!... ¡Con lo que me gusta viajá!... ¿Lo que me va a da me alcanza pa comprá una lancha?

ALICANTE. – ¡Hasta un avión!

FILIBERTA. – (**Sorprendida**) Y lo mejó ej que tengo quien lo maneje... ¿Pero quién ere tú pa tanta generosidá?

TORIBIO. – (Entrando en acción) ¡SU Alteza Real el príncipe de Alicante!

FILIBERTA. – ¡Un príncipe!

MULATAS. – Oye:Yj que un príncipe!... (**Cuchichean admiradas y regocijadas**)

FILIBERTA. – Cómo será de bueno este oficio que hajta lo príncipe andan metidoj en él. Y se ve que no le ha ido mal... Aprendan, muchachas, que él e de loj nuestro.

ALICANTE. – De los tuyos soy, porque amo la aventura y la rebeldía.

TORIBIO. – A lo cual tiene pleno derecho, porque a más de príncipe es multimillonario... Aunque se trate de un príncipe español, y aunque usted no lo crea. Sus antecesores venían aquí con el fundillo roto, a buscar fortuna. El, por el contrario, vine con toda su fortuna, no propiamente a remendar fundillos sino a desnudar el imposible.

ALICANTE. – ¡Basta de explicaciones!

(Las MULATAS hacen ademanes de escándalo)

FILIBERTA. – ¿Lo embrujó ella entonces?

CORO. – (En cuchicheo) Y que la que lo embrujó fue ella... y no el imposible...

TORIBIO. – Más que embrujado, está perdido.

FILIBERTA. – ¡Pues andando, hombe! ... Que ejta noche sale un barco río arriba...

ALICANTE. – Tómalo por mi cuenta.

FILIBERTA. – ¿Y me dan camarote?

ALICANTE. – Y cuanto ambiciones en él.

FILIBERTA. – (Maliciosa y complaciente) Ajajai...

TORIBIO. – ¡Hasta el amor.... Que ese, con la misma prodigalidad del príncipe, te lo daré yo. (La abraza)

FILIBERTA. – (Avaluándolo con agrado) Puej en eso... sé dar máj que un príncipe cuando la persona me cae bien... (Le acaricia el mentón)

TORIBIO. – (Estallando) ¡Bendita seas! ¡Y bendita la hora en que nos tragamos la oveja que estaba destinada a otro afecto!

ALICANTE. – ¡Más compostura, hombre!

TORIBIO. – Su Alteza me ha contagiado... ¡Y que vivan América, y el amor mulato!

CORO. – ¡Que vivaaa! (Carcajadas)

ALICANTE. – No perdamos tiempo... ¡En marcha....

FILIBERTA. – ¡Y a paso de cumbia!...

(Salen las MULATAS y TORIBIO bailando y cantando en torno a la rigidez

de ALICANTE)

MULATAS. – Andando voy por la playa bajo los rayos del sol... Porque se apagó la vela... Porque se apagó la vela... Porque se apagó la vela... Que tengo en el corazón...

TELON LENTO

SEGUNDO ACTO

CUADRO TERCERO

Panorama cafetero, de selva intrincada en el fondo. En primer término un ranchito. Los chusmeros bailan y cantan con sus mujeres, al son de tiples y guitarras, presididos por el CANDELO, hombre de luenga barba, que abraza a HELIA.

LEJANA: BAMBUCO

Es tanto lo que te quiero, que ya no puedo vivir sin ti.
Aunque otro amor te aprisione, tendrás que volver a mí.
Si extraños labios te buscan, también los míos has de sentir.
A ti llegará mi sombra llevando arrullos, sed de vivir... y sentirás que mis brazos son los que tiemblan para estrecharte con frenesí.
Cierra los ojos que son los míos los que te miran; Que son mis dedos los que se hunden en tus cabellos de suave olor. Y cuando broten nuestras caricias de tibia seda, Son mis desvelos lo que en la ausencia... Te hablan de amor.
Quisiera morir soñando sobre la tierra donde te vi... La tierra donde tus mimos y encantos me hacían feliz.
A nuestro idilio tan dulce siguió la pena, siguió el azar; y ahora cubre mi alma con sus torturas la soledad...
La siento viendo que caen trágicamente, las flores mustias de mi heredad.
Cierra los ojos, etc.

CANDELO. – Suelten los tiples y agarren las armas.

TODOS. – Sí, mi jefe.

(Van entrando a la choza con sus instrumentos y reaparecen armados de fusil).

CANDELO. – A relevar los centinelas. El pelotón de Juan al Alto, el de Pedro a la hondonada y el de Diego al camino real,

TODOS. – Sí, mi jefe.

CANDELO. – Y a todo individuo sospechoso... ya saben.

TODOS. – (**Con señal de degüello**) Corte de franela.

CANDELO. – Para economizar municiones.

(**Salen los CHUSMEROS con sus mujeres**)

CANDELO. – Y ahora, ¿nos dejarán tranquilos unos minutos?

HELIA. – ¿Existe aquí acaso la tranquilidad?, Vivimos siempre en acecho, como fieras acosadas, esperando el asalto y la muerte.

CANDELO. – Ese es ya nuestro destino.

HELIA. – Hasta el día en que caigamos en manos del ejército.

CANDELO. – Como caigamos vivos, ya habrá manera de fugarse y empezar de nuevo con más experiencia.

HELIA. – ¡Es lo que veo cada vez más difícil!

CANDELO. – Lo difícil es que mi cabeza se decida a bajarse de los hombros sin llevarse en rastra a mucha gente.

HELIA. – Creo exagerado tu optimismo.

CANDELO. – Tú en cambio has resuelto verlo todo negro.

HELIA. – ¿Qué otro camino queda?

CANDELO. – Conozco por fortuna todos los vericuetos y trampas de esta montaña... En último caso, si fallan los hombres o las municiones que trajiste del Caribe, nos queda el recurso de huir a otras veredas... Y aun el de cruzar la frontera.

HELIA. – ¡La frontera.... ¡Qué lejos está!... ¡Por cualquier lado que se la busque!

CANDELO. – Vives sin embargo, desde que regresaste, con el pensamiento en la distancia... Como si tuvieras afán de comenzar el nuevo viaje.

HELIA. Por el contrario. Prefiero permanecer aquí, afrontando contigo cualquier peligro.

CANDELO. – ¿Por cansancio.... O por amor?

HELIA. He tenido que fingirlo tanto en mis andanzas para defenderte, que empiezo a preguntarme si lo nuestro no es también ficción.

CANDELO. – Sea como fuere, prepárate a viajar otra vez.

HELIA. – ¿A dónde?

CANDELO. – En las islas espera un nuevo cargamento de armas... Es lo único que podría hacernos fuertes aquí, o permitirnos al menos abrirnos camino hacia serranías más estratégicas... ¿Y quien sino tú para cumplir esa nueva misión?

HELIA. – ¿Quiénes vendrán conmigo?

CANDELO. – Los mismos de siempre... Y por la misma ruta... Es lo seguro.

HELIA. – No sé qué decir.

CANDELO. – ¿Temes un denuncio... o una traición?

HELIA. ¿Por qué no reemplazas a Potrillo por otro de más confianza para ti... Y para mí?

CANDELO. – ¿Por qué?... ¿No confías en él?... Es el más audaz y el más prudente a la vez... Y el que más respeta mis órdenes.

HELIA. – ¿Estás seguro?

CANDELO. – ¿Qué? ¿Tienes alguna queja de él?

HELIA. – Si la tuviera, ya te la habría dicho...

CANDELO. Mientes... Dime la verdad... ¿O es que acaso deseas llevar a otro más de tu gusto?

HELIA. – ¿Qué quieres decir?

CANDELO. – Algo trató él de insinuarme respecto a ti...

HELIA. – ¿Ah, sí? Pues si alguna falla hubo en este último viaje, no se atrevería él a sugerírtela.

CANDELO. – Conviene saberlo... No hablemos más...

HELIA. – (*Medrosa*) ¿Qué vas a hacer?

(*Ruido de avión, entra un CHUSMERO*)

CHUSMERO. – ¡Mi jefe!

CANDELO. – ¿Qué ocurre?

CHUSMERO. – Nos están rodeando.

CANDELO. – Hay que romper el cerco... ¡A toda costa!

CHUSMERO. – Y parece que van a bombardearnos desde el aire,

(Se oyen silbidos de alarma)

CANDELO. ¡Helia.... Aquí... ¡Bajo el árbol . (*El avión se aleja*)

HELIA. – Ya no hay peligro,

CHUSMERO. – . – Pero por distintas partes avanzan con ametralladoras.

CANDELO. – (A CHUSMERO) Ven conmigo... Helia: espera aquí.

(Entran mujeres alarmadas)

MUJER. – ¿Recogemos todo?

CANDELO. – ¡Sí... Sí... ¡Pronto.... Hay que cambiar de sitio.

(Sale CANDELO con el CHUSMERO y las MUJERES. Entra POTRILLO)

POTRILLO. – ¡ Helia!

HELIA. – ¿Busca a Candelo?... Allí va.

POTRILLO. – Cándelo está perdido.

HELIA. – Lo dudo.

POTRILLO. – Muchos están desertando... Otros han caído muertos o prisioneros.

HELIA. – Infórmeselo a él.

POTRILLO. – Helia: conozco el atajo que podría ponernos sobre seguro.

(Pasa una MUJER que oye)

HELIA. – ¿Es fuga lo que usted me propone?... ¿Es desertar?

POTRILLO. – Es ponernos a salvo.

(Entra CANDELO)

CANDELO. – Emplace una ametralladora en aquel alto... Y guarde la retirada... (A POTRILLO) ¿Y usted?... ¿No sabe la consigna?

POTRILLO. – Sí, mi Jefe.

CANDELO. – ¿Por qué está aquí entonces, y no en su sitio?

POTRILLO. – Vine en su busca...

CANDELO. – ¿En mi busca?... Venga acá, le cambio de lugar.

(**Salen CANDELO y POTRILLO**)

MUJER. – ¡Se dio cuenta!

HELIA. – Eso creo.

MUJER.. – ¡Pobre hombre!

HELIA. – Ni le compadezco... ¡Se familiariza una tanto con esta vida, que una cabeza menos nada importa!

MUJER. – Dímelo a mí, que vi asesinar a mi marido y a mis hijos, molidos a machete, sin que le hubieran hecho jamás mal a nadie.

HELIA. – Así crecimos todos, en medio de esa tragedia que no tiene razón de ser y que nos hace pensar que la vida solo tiene un objeto: la venganza.

MUJER. – A mí ni de eso me queda ya ánimo. Habría que vengarse del mundo entero... Después de que mataron a mi gente por odio político, tuve que volverme una perdida para no morir de hambre... Hasta que caí en manos del ejército y me mandaron emplanillada a un destacamento de los llanos, y me adjudicaron a un teniente, para después pasarme a un pelotón.

(**Salen HELIA Y la MUJER, a poco entran ALICANTE, TORIBIO y FILIBERTO**)

TORIBIO. – Si en esta choza nos dieran aunque fuese un vasito de agua...

ALICANTE. – No hay nadie.

FILIBERTA. – Pero aquí es.

ALICANTE. – ¿No andaremos extraviados?

FILIBERTA. – ¿Me cree tan tonta para equivocá el camino que he pasao ya trej veces?... Cuando le digo que aquí é... que hasta aquí vine en el último viaje con ella, a ayudarle a traer el contrabando... Aquí mismo me dieron la propina pa que regresá... y me mandaron monte abajo con doj moreno más simpático... ¡y máj aprovechaoj!

TORIBIO. – Filiberta: ¡mide tus palabras!

FILIBERTA. – ¿Y qué tripa se le torció ahora? ¿La de los celos?

TORIBIO. – Recuerda que Otelo era árabe... Y que por mis venas corre su sangre.

FILIBERTA ¿Y a mí que me importa quién juera su papá, si ni sé quién jue el mío?

ALICANTE. – La sed es ya inaguantable.

FILIBERTA. – Mire: ahí tienen de bebé.

ALICANTE. – . – Pero... sin permiso del dueño?

TORIBIO. – Su Alteza olvida que estamos en América... y que nuestros antepasados no pidieron permiso para nada al venir aquí por primera vez.

FILIBERTA. – (*Dándole una totuma*) Tome, jarte es lo que ha de hacer.

(*Se oyen silbidos*)

TORIBIO. – ¿Y esos silbidos?... ¿Son de serpientes?

FILIBERTA. – No... Son de cristianos...

ALICANTE. – Mira: un avión... No estamos tan perdidos en la selva... .

(*Ruido de avión*)

TORIBIO. – Batámosle un pañuelo... ¡O la bandera de España!

FILIBERTA. – ¿Pa qué bandera?... Con este rabuegallo basta y sobra... Adiós... . Adiós... Pa lo que oirán.

TORIBIO. – Esas pepas rojas, ¿serán de comer?... Tengo hambre, y pereza de abrir alforjas.

FILIBERTA. – Son el café.

TORIBIO. – ¿Se puede comer así al pie de la mata? ¿Masticar en vez de beber?

FILIBERTA. – Si e su gusto y tiene buena muela...

TORIBIO. – (*Probando*) La cáscara es dulce, pero... ¡Quien lo creyera!... Y pensar que hay mucha gente así, como el café... Son solo hueso, y triunfan internacionalmente.

ALICANTE. – (*Meditabundo*) ¿Qué se te ocurre ahora, mujer?

FILIBERTA. – ¿Qué se me ha de ocurrir? Esperar a que venga alguien... y ahí vienen.

(*Entran dos CHUSMEROs amenazando con las escopetas*)

CHUSMERO. – ¡Alto! ¡Manos arriba o disparamos.... ¡Entreguen las armas!

(*Al levantar los brazos, ALICANTE deja caer la totuma, y TORIBIO la rama de café*)

FILIBERTA. – Calma, hombre, que es gente de paz.

CHUSMERO. – ¿Qué hacen aquí?

TORIBIO. – Alpinismo.

CHUSMERO. – ¿Qué?

TORIBIO. – Mejor dicho: andinismo; porque como estamos en los Andes... y andando desde hace tres días en mula por estos vericuetos... Mírelos allí. cabizbajos.

ALICANTE. – En todo caso, no somos enemigos.

CHUSMERO. – ¿Y por qué se metieron acá?... ¿Quién los trajo?

TORIBIO. – Ella, que conoce muy bien el camino.

CHUSMERO. – Aja... Creo reconocerla. ¿Son entonces de los nuestros?... ¿Están con nosotros?

TORIBIO. – Encantados con sus dominios y deseándoles todas clase de prosperidad en nombre de los que fueron reyes de España.

CHUSMERO. – ¿Su tarjeta?

ALICANTE. – Aquí la tiene usted.

TORIBIO. – Su Alteza, don Alonso de Alicante.

CHUSMERO. – Me refiero a la otra... Su tarjeta de chusmero.

ALICANTE. – ¿De qué?

CHUSMERO. – ¿No dicen que son de los nuestros?

TORIBIO. – Bueno: estamos con ustedes y no con los tigres, ni con las

serpientes. En cuanto a lo otro...

ALICANTE. – Somos, le repito, simple turistas españoles.

CHUSMERO. – ¿Franquistas o republicanos?

ALICANTE. – . – Ni lo uno ni lo otro. Carlistas de cepa.

TORIBIO. – Sí, nada más que carlistas... ¡Historia antigua! Su Alteza es pariente de cuatro reyes destronados, y hermano de dos princesas divorciadas y otras dos desaparecidas.

CHUSMERO. – (**Sacudiendo a FILIBERTA**) Ah, ya sé quien eres...

FILIBERTA. – Modérese, que el otro día allá abajo tenía mejores modales.

CHUSMERO. – Como no te hayas metido en un lío...

FILIBERTA. – ¡Estaré yo pa más líos!... ¡Y que líos después de todos los que he tenido en esta vida!

TORIBIO. – ¡Respete a la dama, o hay aquí las de Amadís de Gaula!

CHUSMERO. – ¿A qué traes a esos hombres por acá?

FILIBERTA. – Ganas que les dieron de vení a conocé la democracia suramericana.

CHUSMERO. – ¿Y por qué no los llevaste a Bogotá, que es donde está el cuerpo diplomático? Vas a ver, que esto te cuesta caro.

ALICANTE. – Si tanto incomodamos, pues nos iremos... Pon los frenos, Toribio.

TORIBIO. – Voy, Alteza... Ven, Filiberta.

CHUSMERO. – Difícil les será ya salir de aquí.

ALICANTE. – ¿Que hacer entonces, si esta es de veras tierra de libertades?

CHUSMERO. – No les queda más remedio que sacar tarjeta.

ALICANTE. – ¿De salvoconducto?

FILIBERTA. – Yo ya tengo la mía... pero es de sanitá.

TORIBIO. – Mi pasaporte por desgracia estará en el vientre de una ballena.

CHUSMERO. – Lo que sirve aquí es la tarjeta de chusmero.

ALICANTE. – (Altivo) ¿Cómo?... ¿Yo?

TORIBIO. – ¿Y eso para qué, si no redunda el preguntarlo.

CHUSMERO. – Para poder vivir entre nosotros con toda clase de garantías... Aquí el chusmero es amo absoluto... Quien no lo sea lo pierde todo... hasta la vida.

ALICANTE. – ¿Son ustedes comunistas?

TORIBIO. – En tal caso no estamos muy distanciados; pues confieso que yo en más de una ocasión, y con perdón de Su Alteza... Como buen proletario...

CHUSMERO. – No. No somos comunistas... Los comunistas acaban con la propiedad. Nosotros no acabamos sino con los propietarios.

TORIBIO. – Para lo que poseemos en esta tierra...

ALICANTE. – Pero...

CHUSMERO. – Sin peros ni peroles. . . Por lo pronto, que les decomisen las mulas con todo lo que haya en el equipaje... Y la vaquianita también.

FILIBERTA. – Por las mulas pase, que ahí se conseguirán otras. Por mí, ¡el chasco que se van a llevá si esperan que les paguen el secuestro! (**Suelta una carcajada**)

CHUSMERO. – (Furioso) ¡A callar.... y eche para allá.

FILIBERTA. – Tá bien, hombe... Tá bien... Pero suéltame, que puedo ir al fin del mundo con mis propios pies... Y sin garrapatas.

(Sale un CHUSMERO con FILIBERTA)

CHUSMERO. – En cuanto a ustedes, tienen cinco minutos para decidirse.

ALICANTE. – ¿Para decidirnos a qué?

CHUSMERO. – A sacar tarjeta... porque necesitamos gente.

TORIBIO. – ¿Si la saco salvamos las mulas... y la guía?

CHUSMERO. – Y tendrán la mesa puesta.

TORIBIO. – ¡Venga esa tarjeta ya!... La duda, ¿para qué?... La demora, ¿para qué?... El escrupulo, ¿para qué?

CHUSMERO. – Llamaré al que las da, para que les tome el juramento y la filiación.

ALICANTE. – En cuanto a mí, sería absurdo.

TORIBIO. – Vaya a traer al funcionario de marras... Yo en tanto convenceré a Su Alteza... y tráigame también la costilla (***hacia afuera***) ¡Filiberta!... ¡No te afanes!. ¡Filiberta!

CHUSMERO. – Inútil que la llame mientras no esté afiliado... No le haga ni siquiera una seña... Podrá caer de un solo machetazo.

(***Sale el CHUSMERO***)

TORIBIO. – Su Alteza... ¿No toma?

ALICANTE. – Sí. Llena otra vez el recipiente, que tengo la garganta reseca y ardiendo.

TORIBIO. – Quiero decir que... si no toma tarjeta,

ALICANTE. – ¿Te atreves siquiera a preguntármelo?

TORIBIO. – Se trata de salvar vida, hacienda y amoríos.

ALICANTE. – ¿A ese precio?... ¡Jamás!

TORIBIO. – ¿Va a dejar que mueran así todas sus ilusiones?

ALICANTE. – Bella cosa son las ilusiones; pero nada valen sin el honor

TORIBIO. – El honor es de etiqueta europea; y aquí hemos venido a hacer América... A aceptar lo que nos propongan, a atropellar al que se deje, a saber y ser de todo con tal de volver a España con la bolsa llena o el capricho logrado.

ALICANTE. – Sí. Pero no hasta ese punto.

TORIBIO. – Demasiado escrupulo de Su Alteza... Si hay tantos bandoleros que se vuelven príncipes, ¿qué hay de malo en que un príncipe se vuelva bandolero? ... ¿Aunque sea por salir del paso?... Después contará Su Alteza el episodio en las pocas cortes europeas que subsisten; y con excepción de los ingleses, que son puritanos y no se acuerdan de Enrique VIII, todo el mundo aplaudirá y le mirará como persona legendaria.

ALICANTE. – No se trata tan sólo de llenar una formalidad... ¿Sospechas lo que nos tocará hacer si entramos en esa cuadrilla?

TORIBIO. – Nada que no hayan cometido los agentes de la realeza en este

Nuevo Mundo... y sí imitándolos salimos del paso...

ALICANTE. – No. Para los blasones de Alicante, vale más un príncipe muerto que un príncipe volteado.

TORIBIO. – ¡Fantasías!... Si fuéramos a catalogar, con perdón de Su Alteza, todas las cosas indebidas que han hecho sus antepasados. Y si allá le echaban tierra a todo en nombre de la cristiandad, aquí quedan muchos gentiles y hay mucha tierra de por medio... y un océano también.

ALICANTE. – Te equivocas, Toribio... Los crímenes que se atribuyen a mis ascendientes fueron siempre por cuestión de Estado.

TORIBIO. – Ahora es cuestión de vida o muerte... Entierre Su Alteza prejuicios antes de que nos entierren a los dos, o nos dejen expuestos al pico de los cuervos... Si al fin y al cabo el bandolerismo es una característica humana como la transpiración. Unos la confiesan gallardamente, como estos mis nuevos copartidarios. Otros la disimulan con aspavientos moralistas, pero tratan a la vez de glorificarla como hazaña política.

ALICANTE. – Pero, ¿no has pensado que, si aceptamos semejante imposición, tendremos que matar como ellos lo hacen?

TORIBIO. – No menos gente que en las Termopilas, o en Waterloo... .

ALICANTE. – E iremos al cabo a la picota con esos hombres, oscuramente, ignominiosamente, tarde o temprano.

TORIBIO. – No insistiré más... Haga Su Alteza lo que su sangre le aconseje; que la mía es de horchata y barro plebeyo y tira al sol que más caliente.

(Regresa el CHUSMERO)

CHUSMERO. – Ya van a darle su tarjeta... y su compañero, ¿aun no se decide?

ALICANTE. – Aún no.

CHUSMERO. – Sospechoso está el caso para ambos. De suerte que, como ya usted es de los nuestros, va a demostrar su lealtad cumpliendo la primera orden.

TORIBIO. – ¡A la orden!

CHUSMERO. – Por mandato del jefe, tiene que peinar a su compañero.

TORIBIO. – Vengo cumpliendo con ese deber desde hace muchos años. De suerte que voy gustoso a traer el cepillo, la loción y el peine, que están en las alforjas; y a morder de paso un salchichón que podemos compartir.

CHUSMERO. – No es necesario... En cuanto a peine, más afilado está el mío.
(**Le da un machete**)

TORIBIO. – ¿Peinarlo con esto?

CHUSMERO. – Allí hay una piedra de moler, que utilizamos cuando se trata de cortar cabezas al aire... Si necesita ayuda para hacerlo mejor, le mando al especialista, que ha sacado ya de este mundo a más de cien, y con igual facilidad ha salido siempre de la cárcel... Aunque mejor será que, en este primer ensayo, aplique el refrán de que echando a pique se aprende.

TORIBIO. – ¡Pero esto es atroz!

CHUSMERO. – Tiene usted otros cinco minutos para proceder... Si no lo hace, vendrá de todos modos el técnico, y caerán dos cabezas en vez de una.

(**Sale el CHUSMERO**)

TORIBIO. – (**Muy respetuoso**) ¡Alteza!

ALICANTE. – (**Estóico**) ¡Que esto es una bajeza!

TORIBIO. – ¡De las peores.

ALICANTE. – Intentemos huir.

TORIBIO. – ¿Cómo, si nos tienen cercados?

ALICANTE Muramos entonces como valientes...

TORIBIO. – Perdóneme su Alteza; pero no me siento tan inclinado al heroísmo. Además, ¿qué puede este adminículo de tualet contra esos rifles que nos apuntan por entre las penas del café?... Por lo visto nos lo quieren dar con tostadas... (**Cae de rodillas**) ¡Alteza! Por las cenizas de sus antepasados. No me ponga en el caso ni de morir como un perro, ni de matarlo a usted como a un león extraviado... ¿He de morir cuando por primera vez en mi vida conozco el amor?... Alteza: si apelar a su estirpe no basta, hágalo por... Filiberta y por mí, que lo hemos traído hasta acá en busca de su nueva Dulcinea...

ALICANTE. – Sí... Es de agradecerles... Sobre todo el lío en que me han metido.

TORIBIO. – ¿Quien fue el del empeño?... Hágalo por el amor que nos ha traído a este atolladero.

ALICANTE. – Moriré pensando en ella.

TORIBIO. – ¿Y yo no cuento? ... Pues entonces, aunque me sea duro el decirlo y hacerlo... Venga para acá esa cabecita del ilustre sobrino de Luis Quince y de don

Maximiliano de Hasburgo... Media vuelta, Alteza... ¿Para qué resistir, si de todos modos se hará?... Ya solo trae resta apelar a la elegancia de su estirpe, Cierre los ojos mientras apunto... Yo también los cierro y...

ALICANTE. – ¿Te has vuelto loco?... ¿Traicionas así a tu amo?

TORIBIO. – No será el primer caso... Si hasta empiezo a sentir, con el amor a Filiberta, el sabor acre y embriagante de la revolución social, que exaltó a Robespierre y a Benito Juárez.

ALICANTE. – ¡Cuídate de tocarme, imbécil!

TORIBIO. – Alteza: no se interponga en mi vida ni en mis sentimientos... ¡Si supiera Su Alteza lo que es una mulata!... Y aunque no lo sepa... ¿No ha caído en esta trampa por buscar aventuras?... Si ella, la dama de sus ímpetus, estuviera en verdad aquí, y fuera ya mi copartidaria y aliada...

ALICANTE. – No había pensado en eso.

TORIBIO. – ¿Por qué no hacerse chusmero para restacarla?... ¿No andaba Su Alteza plagiando al ingenioso hidalgo?... ¿Y no dice que a más de la sangre del Quijote lleva la del Tenorio, y la del Cid Campeador, que eran dos sinvergüenzas?

ALICANTE. – Empiezas a convencerme...

TORIBIO. – ¡Tarjetero!... ¡Enrolador!... ¡Como se diga! He ganado al príncipe para nuestra causa!... ¡Aquí todos!...

(**Entra un CENTINELA**)

CENTINELA. – Déjese de gritar y sígame... Comenzó el asalto... Nos necesita el Candelo.

TORIBIO. – Obedezcamos, Alteza.

CENTINELA. – Tomen armas, y a la barricada.

ALICANTE. – Permitannos siquiera refrescar la garganta...

CENTINELA. – Pero dense prisa...

(**Sale el CENTINELA. ALICANTE penetra en la choza y sale con la totuma llena bebiendo, a tropezar con HELIA**)

HELIA. – ¡Esto es inaudito!

ALICANTE. – (**Dejando caer la totuma**) ¡Tú!

HELIA. – ¿A qué has venido aquí?

ALICANTE. – A dejar la cabeza, o a llevarme la tuya!

HELIA. – ¡Calla!

ALICANTE. – ¿Por qué he de callar?... Toribio: Alista las mulas. Y al que se oponga, métele dos tiros en el cuerpo mientras yo le dispara otros desde acá.

HELIA. – ¡Loco! ¿No te das cuenta de que has entrado en los dominios del feroz bandolero Candeló, el más temible de la región?

ALICANTE. – ¡Hasta el propio infierno hubiera ido para encontrarte!

HELIA. – Pero, ¿no comprendes que soy...

ALICANTE. – ¿Su mujer?

HELIA. – Como si lo fuera...

ALICANTE. – ¿Lo quieres?

HELIA. – Lo quise.

ALICANTE. – ¿Qué haces aquí entonces?

HELIA. – Yo misma no sé... No es la razón, sino la fatalidad lo que guía todos nuestros actos... La tragedia de mi vida y el deseo de venganza me echaron en sus brazos...

ALICANTE. – Comprendo... y ahora eres además su cómplice.

HELIA. – Sin remedio.

ALICANTE. – Te equivocas. Vas a ver que a más de tu amante sabré ser tu medicina. O morimos juntos en este trance, o viviremos el más romántico, el más feliz de todos los idilios.

HELIA. – ¡Qué más quisiera yo!

ALICANTE. – (*Abrazándola*) ¡Porque te quiero con toda el alma!

HELIA. – También yo a tí. ¿Para qué negarlo?... Desde que te vi por primera vez... Desde que supe que me seguías por mar y tierra.

ALICANTE. – ¿Por qué rehuiste entonces?

HELIA. – No podía abandonar a los míos... Era indispensable, aun para defender

tu misma vida... Ahora es preciso que huyas.

ALICANTE. – Huiré, pero contigo.

HELIA. – No es posible. Moriríamos ambos,

ALICANTE. – Jamás te dejaría aquí sola.

HELIA. – Es la única manera de que escapes, ahora que toda la pandilla se está defendiendo contra el ejército que la rodea.

ALICANTE. – Dices que me quieres y me exiges que te abandone.

HELIA/. – He de seguirte; pero ahora no es posible... La mujer que los trajo los espera en aquella encrucijada, y conoce la única trocha posible para escapar en estos momentos... Si no lo haces ya, puede que dentro de pocos segundos sea tarde.

ALICANTE. – Pelearé más bien a tu lado.

HELIA. – Sería inútil... Estos hombres están perdidos... Los aniquilaran.

ALICANTE. – Jamás un hombre de mi casta huyó en estas circunstancias, abandonando a la señora de sus pensamientos.

HELIA. – No pienses ahora que eres príncipe y caballero. Huye como fiera acosada... Como huiré yo detrás de ti una vez que sepa que estás a salvo.

ALICANTE. – ¿Dónde te espero entonces?

HELIA. – Por acá sería tan peligroso como inútil... Vete lejos... cuanto antes... Ve a la capital... Allá nos encontraremos.

ALICANTE. – ¿Cuándo? ... ¿Cómo?

HELIA. – Si dentro de ocho días aún vivo, estaré contigo.

ALICANTE,. – ¿Pero dónde?

HELIA. – Ve al Cabaret de Media Noche... Procura estar allá cuando den las doce campanadas... Si al sonar la última no he llegado, es porque he muerto... Ellas habrán doblado por mí... Si aún vivo, caeré en tus brazos.

ALICANTE. – ¡No tengo valor para dejarte aquí sola!

HELIA. – Vuélvete valeroso... Es la única manera de vivir para mí... No lo pienses más (**Io empuja hacia afuera**) Adiós... o hasta luego... Dios mío: ¡sálvalo!

TORIBIO. – Vamos, Alteza... Huir a tiempo puede ser el mejor medio para llegar a al fin deseado.

(Al salir ALICANTE con TORIBIO, entra CANDELO con un machete ensangrentado)

CANDELO. – ¿Quién corre allí?

HELIA. – Gente que envié a impedir más deserciones.

CANDELO. – No está mal.

HELIA. – ¿Peleaste?

CANDELO. – No... Ya no es necesario.

HELIA. – ¿Y esa sangre?

CANDELO. – La de Potrillo.

HELIA. – ¿Lo mataste?

CANDELO. – De un tajo... como a todo el que se atreve a poner los ojos en ti.

HELIA. – ¡No más sangre por Dios!... ¿No te bastan todos los campesinos inocentes que has sacrificado en estos días?

CANDELO. – ¿Qué es la sangre, sino un líquido que de todos modos corre, por dentro o por fuera?... Me enseñaron a derramarla, y ahora me hace falta verla.

HELIA. – *(Desesperada)* ¡Córtame entonces a mí también la cabeza ! ¡Te odio!

CANDELO. – Otras hay que me están esperando...

(Entra el CHUSMERO)

CHUSMERO. – Jefe...

CANDELO. – ¿Qué pasa?

CHUSMERO. – La gente sigue huyendo... y nos tomaron el depósito de municiones.

CANDELO. – Quedan las peinillas...

CHUSMERO. – Los que no huyen se están entregando.

CANDELO. – ¡Cobardes!...

(Entran más CHUSMEROs)

CHUSMERO. – Jefe: nos estamos quedando solos... ¿Qué más ordena?

CÁNDELO. – ...Si ya no hay municiones, ni sirven las armas blancas, la única defensa que nos queda es la de alzar los brazos a tiempo, para caer prisioneros en este país donde no hay pena de muerte, pero abundan los abogados que nos defienden y los jueces que los apoyan... Helia: tu sabes donde está el dinero de los asaltos y de los secuestros: huye con él y entrégaselo a nuestros protectores.

(Sale HELIA)

Los demás, echen mano a los tiples... Esperemos la cárcel cantando el himno de la libertad...

(Se acercan los disparos)

TELÓN, (salvo el caso de que se quiera cantar el siguiente bambuco):

(LA AMETRALLADORA, con ritmicos disparos de la batería)

La ametralladora, que se ha vuelto cazadora.

Quiere disparar. Y anda por las lomas buscando palomas para fusilar.

¡Ay palomita mensajera, vida mía! ¡Ay, que terrible se volvió la cacería!!

Si te sales de tu nido, tu plumaje está perdido. Ten tu ensueño allá escondido y no dejes de soñar...

Cuando las palomas se lanzan a volar todos los cañones empiezan a tronar.

Cierra palomita las alas del deseo.

Es mejor que ahora no salgas a paseo.

Si quieras vivir deja de soñar

Métete en tu nido que ahí viene el tiroteo.

TELÓN

CUADRO CUARTO

Cabaret de Media Noche, en Bogotá. Al levantarse el telón, las parejas bailan, con excepción de una entrada en años, que observa muy regocijada.

VIEJO. – ¿Te pesa haber venido?

VIEJA. – No... Estoy muy distraída.

VIEJO. – Hazte la ilusión de que tienes veinte años...

VIEJA. – ¡Eran tan distintas nuestras fiestas!...

VIEJO. – Mira cómo se aprietan aquellos bailarines.

VIEJA. – ¡Que hubiera hecho yo eso en mis tiempos!...

VIEJO. – ¿Lo intentamos ahora?

VIEJA. – ¡Era lo que faltaba.... ¿Qué hora tienes?

VIEJO. – Diez para las doce.

VIEJA. – Comienzo a sentir sueño... ¿Nos vamos?

VIEJO. – Esperemos a la media noche...

**(Cesa la música... Las parejas se sientan... Los criados atienden y sirven...
Llega un cliente)**

CRIADO. – Perdón, señor... Esa mesa está reservada...

CLIENTE. – ¿No hay más puestos?...

CRIADO. – Queda uno allí, junto a la orquesta...

(Entra FILIBERTA con canasta de flores y recorre las mesas)

FILIBERTA. – ¿Un clavel?..., ¿Un clavel para la señora?... ¿Prefiere una orquídea?... Gracias, señor... **(A los viejos)** ¿Flores?

VIEJO. – ¿Quieres?

VIEJA. – Hace tantos años que no me las ofreces, que... **(Ríe)**

VIEJO. – Eran claveles también... Eso sí no ha cambiado.

(Sale FILIBERTA... Entran ALICANTE y TORIBIO)

CRIADO. – Esta es su mesa, señor.

ALICANTE. – Gracias.

CRIADO. – ¿La carta?

ALICANTE. – Todavía no.

CRIADO. – ¿Toman algo?

ALICANTE. – Dentro de un momento.

CRIADO. – Está bien, (*se retira*)

ALICANTE. – No faltan sino diez minutos...

TORIBIO. – A Dios gracias; porque está Su Alteza en un grado tal de nerviosidad...

ANIMADOR. – Señoras y señores: Vamos a dar comienzo al show de esta noche en el cual, como ustedes esperan, habrá un brillante desfile estelar... y para comenzar, señoras y señores que habéis pasado la línea de los cincuenta años... (*Mira a los viejos*)

(*Todo el mundo vuelve a mirar a la pareja anciana*)

Que echáis de menos el romanticismo de tiempos idos, y que comparáis vuestros recuerdos con el vértigo insustancial de la época, con su estruendo de tambores y discordancias, os dedicamos el primer número, que trae a nosotros el perfume de hace cincuenta años... El aroma de Santa Fé de Bogotá, con sus serenatas por calles empedradas, sus patios llenos de geranios, sus salas impregnadas de zahumerio... sus amores de emoción sutil...

(*Se inicia una canción vieja, ya sea con tiple, guitarra y bandola; o con un cantante, y movimiento de comparsas*)
(*Brindis ; Música de Diógenes Arrieta, letra de Estanislao Ferro*)

Terminan mis amores
La espuma del champaña,
Disipa mis recuerdos
En tu alma de mujer.
Arranca de mi boca

VIEJO. (*mientras se desliza la melodía*) ¿Qué te dice?

VIEJA. – ¡Tantas cosas!

ALICANTE. – ¡Nueve minutos!

TORIBIO. – Pronto saldremos de la angustia.

VIEJA. – No te atrevías a besarme...

VIEJO. – ¡Nos vigilaban tanto!

VIEJA. – Besaste mi pañuelo... ¿recuerdas?... Ya mi se me salieron las lágrimas...

VIEJO. – Lo siento... como si fuera ayer... .

ALICANTE. – (*Al terminar la canción, y después de los aplausos*)

Seis minutos .

CRIADO. – ¿A sus órdenes?

TORIBIO. – ¿Qué pedimos, Alteza? ...

ALICANTE. – Lo que quieras...

TORIBIO. – Champaña!... para calmar la angustia, que es contagiosa... ¿Su Alteza deseaba alguna otra bebida?

ALICANTE. – Todavía no...

(*El CRIADO se retira con la orden*)

TORIBIO. – Su Alteza no sabe disfrutar de la vida, a pesar de que ella le ha dado todos los elementos para gozarla... La incertidumbre es un vino espumoso, que rara vez nos sirven... Dentro de siete minutos, la copa de la incertidumbre estará vacía.

ALICANTE. – Y vendrá la desesperación.

TORIBIO. – O la alegría desbordante. No desperdicie su Alteza este ajenjo del azar, que nunca volverá a sentir... A paladearlo con la magnificencia de un grande de España.

(*Entra FILIBERTA*)

FILIBERTA. – ¿Flores?

TORIBIO. – ¿Tú aquí?

FILIBERTA. – ¿Un clavel para Su Alteza... o una orquídea para el ojal?

ALICANTE. – ¿Qué haces tú aquí?

FILIBERTA. – Ya lo vej... Vender florej...

TORIBIO. – Déjanos en paz,

FILIBERTA. – ¡Huy, qué mal genio!

ALICANTE. – ¿Has visto a Helia?

FILIBERTA. – No, Alteza... Desde que estoy aquí, ni una sola vez... Este sitio está hecho pa que tooos gocen, no pa matá a nadie.

TORIBIO. – Bueno... sigue tu camino...

FILIBERTA. – Ya lo voy a hacé...

(Sale **FILIBERTA**)

ALICANTE. – Te excedes en tu aire ofendido...

TORIBIO. – Ya es mucha que no la saque de nueva a bofetadas... Esa de que la sustituyan a uno por el primero que se presente, como quien cambia de sostén...

ALICANTE. – ¡Cinco minutos!

TORIBIO. – No mire Su Alteza tanto el reloj, que se le va a parar ...

ALICANTE. – (**Tratando de beber**) Se me atraganta el licor... Aunque tengo la garganta seca... Y toca mis manos... ¡Allí entra una mujer!... ¿Es ella?

TORIBIO. – No, Alteza... Es otra... Pera nos sonríe... ¿La hago venir para que nos distraiga?

ALICANTE. – Nadie que no sea ella... y si ha muerto, si ha muerto, Toribio...

TORIBIO. – Pensará Su Alteza que ha despertado de una pesadilla... Y empezará la otra.

(*Siguen números de variedades, que se anunciarán en la misma forma del primero, y que podrán cambiar en cada espectáculo... hasta que se inicien, en forma muy sonora, las doce campanadas de Media Noche.*)

ANIMADOR. – El cabaret de Media Noche, señoras y señores, se complace en anunciarles ya... la Media Noche... .

ALICANTE. – Murió... Sí... Siento el escalofrío de su presencia, pero en espíritu...

TORIBIO. – Resignación, Alteza... Piense que, al no haber muerto ella, le habría pasado a Su Alteza lo mismo que a mí... Y que al poco tiempo estaría Su Alteza más ornamentado que la dote que en un principio le pidieron.

ALICANTE. – Esa mujer murió...

ANIMADOR. – Y ahora, en punta de media noche, señores y señoras.... ¿Para qué anunciarla, si todas la esperan?... Su melodía por sí sola les dará el nombre de la canción... Y de la mujer que, después de recorrer en triunfo América y el viejo mundo, vuelve al público que tanto la ha aplaudido en otros años...

(A la orquesta) Maestros: El Caribe Azul.

(Música del Caribe Azul... Aplausos)

ALICANTE. – ¿Y esa música? ... ¿Por qué esa música? ... ¿No es la que ella cantaba a la orilla del mar, cuando la conocí vestida de princesa guajira? ...

TORIBIO. – Parece como enredo de las mil y una noches...

ALICANTE. – ¿Por qué sabía ella que aquí... Y a esta hora?... ¿No es cruel?

(Va saliendo el cuerpo de baile femenino con batas guajiras estilizadas... Luego entre ellas aparece HELIA)

TORIBIO. – ¡Alteza!... ¡Alteza!... ¡Mire esa mujer!

ALICANTEj. – ¡Igual a ella!

TORIBIO. – Como dos gotas de agua!...

ALICANTE. – ¡Es ella!

TORIBIO. – ¿No oyó decir que es otra?... ¿Qué viene de más allá del mar?

(La canción avanza... Entra de nuevo FILIBERTA)

FILIBERTA. – (Picaresca) ¿Flores ahora sí?

ALICANTE. – ¿Quién es?

FILIBERTA. – ¿No la está viendo, hombre.

(HELIA canta El Caribe Azul): Vuelan mis ensueños como las gaviotas por las lontananzas del Caribe azul; y en tanto las olas besan en la playa todas mis angustias... Toda mi inquietud.

Como las arenas que la mar fustiga, vibran los ardores de mi juventud.

Y al sol le pregunto, y a la mar y al viento, si han de estremecerse cuando vuelvas tú.

ALICANTE. – (Entrando a cantar con la melodía y precipitándose a HELIA)

Por hallar tus ojos he cruzado el mar desafiando escollos, olas gigantescas y la tempestad...

DÚO. – Y al sol le pregunto y al inmenso azul si han de estremecerse si han de estremecerse cuando vengas tú...

(Hablan en seguida mientras la música continúa en sordina)

ALICANTE. – ¡Viva entonces!

HELIA. – ¡Viva!

ALICANTE. – ¡Y mía!

HELIA. – Mientras así lo quieras.

ALICANTE. – Pero... ¿Qué eres al fin?... ¿Princesa guajira? ¿Contrabandista? ... ¿Amante de un bandido? ... ¿Estrella de cabaret? ...

HELIA. – Soy ja mujer que se fuga de todo, para realizar su presentimiento... Un alma aventurera como la tuya que ama, por sobre todo... La canción.

ALICANTE. – Debieras cantar siempre, en vez de sembrar la muerte y la angustia...

HELIA. – ¿Quién hace nunca lo que debiera? La humanidad vive del contrasentido.

ALICANTE. – ¿Y el amor también?

HELIA. – Hasta el amor, sí...

(Aplausos ruidosos)

ALICANTE. – ¿Por qué aplauden?

HELIA. – ¿No te das cuenta? No estamos solos.

ALICANTE. – Es cierto...

(Risas)

HELIA. – En este momento eres un número del programa...

(Carcajadas)

ALICANTE. – Mejor así... ¡A mis brazos delante de todos!... Antes de que desaparezcas como una alucinación...

HELIA. – ¿Qué me importan los demás?

ALICANTE. – ¡A eso he venido a América quizá... ¡A ser un número de programa... para encontrarte!... .

PUBLICO. – ¡Bravo!... ¡Bravo!... ¡Otro!

TORIBIO. – Esta ya cayó... ¿Cuál será la próxima?

HELIA. – ¡Maestro!

DIRECTOR. – ¿Señorita?

HELIA. – Repita el Caribe Azul...

(*Aplausos*)

HELIA. – (En brazos de ALICANTE) Vuelan mis ensueños como las gaviotas...

TELON (*Con la letra de la canción, que la orquesta sigue ejecutando*)...